

# NATURALEZA E IMPERIO EN NICARAGUA

## Los terremotos de 1931 y la ocupación estadounidense en Managua

*Myrna Santiago*

Departamento de Historia, Saint Mary's College of California

El periodista Apolonio Palazio fue testigo del terremoto que destruyó Managua, Nicaragua, en 1931. Escribió que el martes de Semana Santa, a las 10:22 a. m., sin previo aviso, “la ciudad comenzó a moverse desde sus cimientos [retumbos] por un ligero sacudimiento que, con inesperada rapidez, se hizo violento, fuerte, indescriptible. Corcovea la tierra como si todas las casas que tiene encima fueran un estorbo que quisiera arrojar”.<sup>1</sup> Ubicando la agencia del entorno natural en el centro de su narración, Palazio describió cómo parecía que “la naturaleza, al hacer tantas víctimas, hubiera obrado impulsada por un siniestro propósito de ruina y destrucción”.<sup>2</sup> El periodista recordaba lo ocurrido después de que la tierra dejó de retumbar:

Una inmensa nube de polvo, durante varios minutos, rodea todo. Polvo de siglos acumulado en los edificios, polvo de las calles levantado por el viento y en gran parte producido por las casas al caer. Las gentes corren enloquecidas, sonámbulas, atropellándose unas con otras, cayendo aquí y allá, unas para levantarse de nuevo, otras para no levantarse más.<sup>3</sup>

Eso no fue todo. A los quince minutos, otro elemento de la naturaleza atacó la derrumbada ciudad: el fuego. Los *Marines* de Estados Unidos aseguraron que “este incendio fue causado por el vuelco de los quemadores de carbón que se usaban para cocinar comida para vender en el mercado, derramando los

<sup>1</sup> Apolonio Palazio, *La catástrofe de Managua, 31 de marzo de 1931*, Managua, Tipografía Atenas, 1952, p. 27.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 28.

carbones calientes que terminaron prendiendo los fuegos pirotécnicos que se venderían en el mercado durante la celebración de la Semana Santa”.<sup>4</sup> Algunos nicaragüenses atribuían el incendio a una farmacia y su mercancía inflamable, pero la mayoría de la gente simplemente apuntaba al mercado repleto de compradores. Además del temblor y el fuego, estaba el viento, otra fuerza natural incontrolable que tiende a soplar fuertemente durante los calurosos meses de secas en Managua. Las ráfagas avivaron las llamas que incendiaron la ciudad.<sup>5</sup> El dúo terremoto-incendio no era infrecuente en la época. El terremoto en San Francisco de 1906 y el de Tokio de 1923 son ejemplos claros de ello; los incendios añadieron un poder destructivo a la sacudida de la tierra y arrasaron dichas ciudades.<sup>6</sup> Lo que distinguió al terremoto de Managua de 1931 fue el contexto político. Nicaragua se encontraba ocupada por los *Marines* de Estados Unidos que combatían una guerra de contrainsurgencia. Esto plantea la pregunta: ¿qué significó la ocupación para el terremoto? El argumento es que la ocupación estadounidense del país determinó la forma en la que respondió Managua tras el sismo en el corto y largo plazo. La reacción de los *Marines* a las acciones de la naturaleza fue consistente con las respuestas más rápidas de emergencia en ese momento, un ejemplo de cómo la respuesta militar altamente organizada contribuyó a atenuar la destrucción causada por fenómenos naturales en un país pequeño y pobre. El presidente nicaragüense reconoció esto públicamente y elogió a las fuerzas de ocupación por su desempeño ante el desastre natural. Moncada, sin embargo, no era el hombre del momento. Ese lugar lo tendría su primo segundo, Anastasio Somoza García, quien representaba

<sup>4</sup> Brigadier general Frederic L. Bradman, US Marine Corps al jefe de operaciones, Navy Department, Washington, D.C. Headquarters, Department of the Pacific, San Francisco, California, 20 de marzo de 1933, “Second Endorsement, Alleged Burning of Managua by United States Marines”, p. 1, 817.48 Earthquake of 1931/240, Record Group (RG) 59, General Records of the Department of State (GRDS), Microfiche 1273: Records of the Department of State Relating to Internal Affairs of Nicaragua, 1930-1944, Decimal File 817, Roll 27.

<sup>5</sup> Matthew E. Hanna a Francis White, Assistant Secretary of State, Managua, 16 de abril de 1931, 817.48. Earthquake of 1931/135 ½, RG 59, GRDS/M1273, Roll 27.

<sup>6</sup> Joanna L. Dyl, *Seismic City: An Environmental History of San Francisco's 1906 Earthquake*, Seattle, University of Washington Press, 2017; J. Charles Schencking, “Catastrophe, Opportunism, Contestation: The Fractured Politics of Reconstructing Tokyo Following the Great Kantô Earthquake of 1923”, *Modern Asian Studies*, vol. 40, núm. 4, octubre de 2006, pp. 833-873.

a Moncada en el comité de emergencia organizado por los estadounidenses. Fue precisamente esa cercana colaboración con las fuerzas de ocupación la que llevó a Estados Unidos a apoyar a Moncada cuando seleccionó a Somoza para encabezar la Guardia Nacional. Un fenómeno natural se convirtió en una catástrofe bajo la vigilancia del imperialismo estadounidense que engendró, así, al fundador de lo que se convirtió en la dinastía Somoza, la infame dictadura familiar que duró hasta 1979. Su papel en el terremoto de 1931, sin embargo, terminaría enterrado en la memoria de la tragedia, entre los muchos escombros.

#### LA LITERATURA

La historia de los temblores de 1931 en Managua aún tiene que ser escrita. Los testimonios de primera mano de Palazio, publicados en 1952 con el título *La catástrofe de Managua*, son una referencia fundamental para lo que los nicaragüenses han relatado. La literatura de los temblores en el país se enfoca más en los sismos de 1972 que destruyeron la capital por segunda ocasión.<sup>7</sup> Estas y otras crónicas mencionan el año de 1931 o incluyen fotos de la época,<sup>8</sup> pero debido a que tanto el movimiento telúrico de 1931 como el de 1972 destruyeron los archivos nacionales, reconstruir la historia antes de 1972 impone grandes desafíos. La historiografía de los terremotos en América Latina en idioma inglés es escasa. Los historiadores Charles F. Walker (2008) y Mark Healey (2011), así como la colección editada por Jürgen Buchenau y Lyman L. Johnson (2009), han comenzado a llenar este vacío, pero aún queda mucho trabajo por hacer.<sup>9</sup> Varios historiadores de Latinoamérica han documentado terremotos mayores en los países del “círculo de fuego”, incluyendo México, Guatemala, Chile, Perú y Costa Rica, pero

<sup>7</sup> Roberto Sánchez Ramírez, *Managua en la memoria de un poblano*, Managua, Alcaldía de Managua, 2008; Nicolás López Maltez, *Managua 1972*, Miami, La Estrella de Nicaragua, 2012.

<sup>8</sup> Gustavo Tijerino, *El terremoto más bárbaro de la historia: Album cronológico*, tomo II, León, Instituto Técnico de La Salle, 1973.

<sup>9</sup> Charles F. Walker, *Shaky Colonialism: The 1746 Earthquake-Tsunami in Lima, Peru, and its Long Aftermath*, Durham, Duke University Press, 2008; Mark Healey, *The Ruins of the New Argentina: Peronism and the Remaking of San Juan after the 1944 Earthquake*, Durham, Duke University Press, 2011; Jürgen Buchenau and Lyman L. Johnson (eds.), *Aftershocks: Earthquakes and Popular Politics in Latin America*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2009.

la historiografía no es exhaustiva.<sup>10</sup> El área más amplia, la de los estudios de desastres, ha producido una nutrida bibliografía que cubre huracanes, tsunamis, avalanchas, ondas de calor, derrumbes, incendios, erupciones volcánicas y otros eventos naturales y geológicos. Gran parte de ese trabajo no es histórico; la antropología y la sociología son las disciplinas más avanzadas en la investigación de estos temas.<sup>11</sup> La aproximación desde la historia ambiental al estudio específico de los terremotos necesita ampliarse, traer al centro de la narrativa los estudios de los fenómenos naturales, y mover la actividad humana del trasfondo al centro del drama, haciéndola coprotagonista.

Cuando la tierra tiembla, todas las apuestas se cancelan para las criaturas que habitan la superficie del planeta donde ocurre el movimiento. Si hay algo único en este fenómeno natural, es su imprevisibilidad tanto en tiempo y magnitud como en duración. Nadie sabe cuándo va a temblar ni cuándo se detendrá el movimiento; tampoco qué tan fuerte será el sismo. Flora, fauna y seres humanos se encuentran a merced del estremecimiento, como ocurre con los demás fenómenos naturales. Aunque el pensamiento científico nos dice que un temblor se compone de un episodio mayor seguido de réplicas, el hecho es que cuando la tierra se mueve lo suficiente para que los humanos lo detecten, lo hace de forma continua, durante un periodo desconocido. Ese estremecimiento prolongado puede seguir teniendo un impacto en los habitantes de la superficie, dependiendo de su intensidad. La humanidad complica el escenario con las estructuras que construye, el

<sup>10</sup> Véase, por ejemplo, José Emilio Ramírez, *Historia de los terremotos en Colombia*, Bogotá, Editorial Argara, 1969; Virginia García Acosta (ed.), *Historia y desastres en América Latina*, tomos I-II, Lima, La Red-CIESAS, 1996; Virginia García Acosta (ed.), *Los sismos en la historia de México*, tomos I-II, Ciudad de México, UNAM/CIESAS/FCE, 2001; Margarita Gascón (ed.), *Vientos, terremotos, tsunamis y otras catástrofes naturales: Historia y casos latinoamericanos*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2005; Mark Carey, *In the Shadow of Melting Glaciers: Climate Change and Andean Society*, Oxford, Oxford University Press, 2010.

<sup>11</sup> Véase, por ejemplo, Anthony Oliver-Smith, *The Martyred City: Death and Rebirth in the Andes*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1986; Barbara Bode, *No Bells to Toll: Destruction and Creation in the Andes*, Nueva York, Scribner, 1989; Ulrich Beck, *World Risk Society*, Cambridge, Polity Press, 1999; Greg Bancoff, *Cultures of Disaster: Society and Natural Hazard in the Philippines*, Londres, Routledge, 2002; Eric Klinenberg, *Heat Wave: A Social Autopsy of Disaster in Chicago*, Chicago, University of Chicago Press, 2003; Herberta Castañón and Cinna Lomnitz, *Earthquake Disasters in Latin America: A Holistic Approach*, Dordrecht, Springer, 2012; Anthony Oliver-Smith y Susanna M. Hoffman (eds.), *The Angry Earth: Disaster in Anthropological Perspective*, segunda edición, Londres, Routledge, 2020.

paisaje ambiental que diseña y los aparatos políticos que crea. Por lo tanto, la intersección entre los movimientos de la tierra y las sociedades humanas puede tener consecuencias dañinas para las últimas, pero no siempre es así. Quien vive en lugares del mundo donde la tierra se estremece con regularidad sabe que la mayoría de los movimientos telúricos son inofensivos para los humanos. No obstante, cuando un temblor tiene un efecto particularmente perjudicial para la sociedad le llamamos “desastre”,<sup>12</sup> y cuando toda una ciudad colapsa se habla de una “catástrofe”. Las definiciones son homocéntricas. El proceso tiene lugar desde el estremecimiento de la tierra hasta el momento en que el polvo literalmente se asienta con las decisiones que toman las sociedades, a esto le sigue cómo los sobrevivientes interpretan lo que sucedió y qué lecciones, si las hay, se obtienen de la experiencia. El terremoto de 1931 en Managua no fue diferente. Generó un acalorado debate sobre sus causas, significados e implicaciones sobre la ubicación de la ciudad capital y el papel que Estados Unidos jugó en la ayuda de emergencia. Aunque aquí nos enfocaremos únicamente en la ocupación norteamericana y las consecuencias inmediatas del terremoto de 1931, el legado político de este fenómeno natural fue el nacimiento de una dictadura. Pero no nos adelantemos.

#### LA PEQUEÑA CIUDAD QUE LA TIERRA ROMPIÓ

Managua era una ciudad pequeña en 1931. Aunque los números fluctúan dependiendo de la fuente, el consenso es que la capital albergaba entre cuarenta mil y sesenta mil habitantes.<sup>13</sup> El censo del gobierno en 1920 registró 638 119 nicaragüenses en la nación y, sin el nuevo censo, que se levantó hasta 1940, solo podemos concluir que la capital debió registrar entre 10 y 15 por ciento de la población de todo el país, como se observa en el Censo de Nicaragua de 1920. Asentada en una cuadrícula en el borde sur del lago Xolotlán (un sitio de “belleza inusual”, según *The New York Times*), la ciudad no se extendía por muchos kilómetros.<sup>14</sup> Nuevamente, las fuentes

<sup>12</sup> Andrew Maskrey (ed.), *Los desastres no son naturales*, Bogotá, Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina, 1993.

<sup>13</sup> R. Sánchez Ramírez, *op. cit.*, p. 61; Dan I. Sultan, “The Managua Earthquake”, *The Military Engineer*, tomo 23, núm. 130, julio-agosto de 1931, p. 360; Willard L. Beaulac, *Career Diplomat*, Nueva York, The MacMillan Company, 1951, p. 132.

<sup>14</sup> “Managua Shaken Often by Quakes”, *The New York Times*, 1 de abril de 1931.

varían respecto del tamaño de Managua y utilizan diferentes medidas para definirlo. El más famoso cronista de la ciudad, el periodista y poeta Roberto Sánchez Ramírez, escribió que “el área urbana” en 1931 medía dos kilómetros de este a oeste y un kilómetro de norte a sur, alrededor de diez cuadras de norte a sur y once cuadras de este a oeste.<sup>15</sup> El mapa del cuerpo de ingenieros del Ejército de Estados Unidos delineó la ciudad con un aproximado de 1.75 millas (2.8 kilómetros) de este a oeste y una milla (1.6 kilómetros) de norte a sur en 1931.<sup>16</sup> La maestra Isidra Ampié Tapia, entrevistada a los 94 años de edad, recordó que la ciudad de su infancia tenía alrededor de “cincuenta cuadras”.<sup>17</sup> También dijo que una sola calle estaba pavimentada: la avenida Bolívar, aunque Dan Sultan, el teniente coronel a cargo del cuerpo de ingenieros del Ejército de Estados Unidos, escribió que la capital tenía “cuarenta millas de calles, aproximadamente un tercio pavimentadas”.<sup>18</sup> La orilla del lago era atractiva como espacio natural y social. Había pastos y laureles para disfrutar. También había bares y salones de baile donde los *Marines* “disfrutaban bailando con bellas jovencitas y bebiendo tragos”.<sup>19</sup> Según los habitantes más antiguos, los fines de semana la orilla del lago estaba repleta de gente que salía tanto de fiesta como a disfrutar la luna llena.<sup>20</sup> Pasando los límites de la capital, primaban la naturaleza tropical y la agricultura de pequeña escala. La maestra Ampié Tapia recuerda con gran cariño los altos árboles que competían con los arbustos espinosos más allá de la ciudad propiamente dicha. “Unas vereditas” conducían a los ranchos bovinos y a las pequeñas granjas donde los campesinos cultivaban maíz, frijoles, calabazas (ayote, pipián) y raíces (quequisque), y criaban gallinas y cerdos.<sup>21</sup>

<sup>15</sup> R. Sánchez Ramírez, *op. cit.*, p. 61.

<sup>16</sup> D.I. Sultan, “The Managua Earthquake”, 1931, *op. cit.*, p. 355.

<sup>17</sup> Alcaldía de Managua, “Don Gratus y la Managua que no queremos olvidar”, *Memoria: Cien años en la vida de Managua*, Managua, Alcaldía, 2000, p. 16.

<sup>18</sup> Dan. I. Sultan, “Army Engineer Explores Nicaragua: Mapping a Route for a New Canal Through the Largest of Central American Republics”, *The National Geographic Magazine*, vol. 61, núm. 5, mayo de 1932, p. 603.

<sup>19</sup> *Ibid.*

<sup>20</sup> María Traña Galeano, *Historia del barrio de pescadores*, Colección Managua, núm. 6, Managua, Alcaldía, s. f.

<sup>21</sup> Alcaldía de Managua, “Don Gratus y la Managua que no queremos olvidar”, *Memoria: Cien años en la vida de Managua*, Managua, 2000, p. 16.

El centro urbano era compacto. Los habitantes de Managua construyeron sus casas una al lado de otra, al estilo de la arquitectura española colonial. Las habitaciones formaban corredores construidos alrededor de los patios interiores donde coexistían plantas, árboles frutales, mascotas, pollos, cerdos, letrinas y cuartos de servicio. Hogares, negocios, tiendas y bancos compartían paredes sin espacio ni distinción. Las estructuras más antiguas estaban hechas de paredes de adobe de dos a tres pies (entre sesenta y noventa centímetros) de grosor, enyesadas y cubiertas con pesadas baldosas. Aproximadamente 85 por ciento del resto de los edificios, según recuentos del cuerpo de ingenieros del Ejército —lo que incluía todas las oficinas gubernamentales, los bancos y las tiendas—, estaban hechos de taquezal, un tipo de construcción con estructura de varas de caña verticales rellenas de barro y paja, que forman paredes que sostienen techos de tejas bañadas de yeso. Alrededor de una docena de nuevos edificios eran de concreto reforzado, incluyendo un par que ya contaba con dos o tres pisos de altura. Las estructuras de madera se encontraban limitadas mayoritariamente al cuartel que los *Marines* habían construido en Campo de Marte, así como a los cobertizos y talleres utilizados por la compañía de ferrocarril.<sup>22</sup> Sánchez Ramírez escribió que además de las numerosas tiendas y hogares comerciales, Managua tenía varios bancos, once farmacias, al menos tres plantas de procesamiento de café, dos cines, doce hoteles “decentes”, dos mercados, docenas de “cafés, restaurantes y bares”, así como un complejo de edificios gubernamentales, como el correo, el Palacio Nacional, el Palacio Presidencial, la penitenciaría y la oficina de telégrafos. También había un hospital, varias escuelas privadas, múltiples iglesias, aunque ninguna catedral.<sup>23</sup> El Palacio Nacional fue construido en “un estilo neoclásico francés” con grandes ventanas y balcones, mientras que otros edificios con columnas y arcos se consideraban “lujosos”.<sup>24</sup> Sin que nadie lo supiera, todo eso se desintegraría un martes por la mañana, cuando la tierra se zarandeó.

<sup>22</sup> D.I. Sultan, “The Managua Earthquake,” 1931, *op. cit.*, pp. 356-357.

<sup>23</sup> R. Sánchez Ramírez, *op. cit.*, pp. 37-38.

<sup>24</sup> Claudia Gordillo (recop.), *Semblanza de Nicaragua en el siglo xx*, Managua, Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica y Real Embajada de los Países Bajos, 2003, pp. 9, 11; Luis H. Flores, *Nicaragua: imágenes de ayer y de hoy*, Managua, Impresión Comercial La Prensa, 2005, pp. 30, 35, 41, 44, 48, 50.

## CUANDO LA TIERRA TEMBLÓ

La naturaleza se manifiesta con mayor potencia en Managua durante la Semana Santa. Esas semanas de marzo y abril son insufriblemente calurosas y húmedas. Palazio describe este calor como “sofocante” y “calcinante”; dice que el agua de la llave estaba caliente y el sol presumía “la potencia de sus rayos”.<sup>25</sup> La gente de recursos abandona la ciudad, buscando temperaturas más frescas. El entonces presidente de Nicaragua, el general José María Moncada Tapia, dejó el elegante y recién inaugurado Palacio Presidencial situado en la colina, al borde de la laguna de Tiscapa, en los límites de la capital, y se retiró esos días a los ambientes más apetecibles de su casa de vacaciones a orillas de la laguna de Masaya, a treinta kilómetros de Managua.<sup>26</sup> La propiedad de Masatepe fue bautizada como “Venecia” debido a la clara apreciación que el presidente tenía por los paisajes acuáticos urbanos europeos y, quizá, con la ilusión de imitarlos.<sup>27</sup> También el ministro estadounidense Matthew Hanna estaba fuera de la ciudad. Él y su esposa habían escapado del tórrido calor de Managua hacia Guatemala para pasar la Semana Santa.<sup>28</sup> El presidente Moncada regresaría solo para presenciar su palaciega casa presidencial derrumbándose al borde de la laguna, mientras que Hanna encontraría su residencia hecha cenizas, junto con la embajada de Estados Unidos.

Aunque la literatura se refiere al terremoto de 1931 en singular, sucedieron múltiples episodios en un lapso de aproximadamente dos minutos. Los informes señalan que en once ocasiones ocurrieron sacudidas agudas y rápidas, comenzando a las 10:19 a.m.<sup>29</sup> El primero fue el movimiento más fuerte, pero el segundo también fue intenso y varios más les siguieron, según el cuerpo de ingenieros. El sacudimiento en sí duró únicamente alrededor de ocho segundos de esos dos minutos, tiempo suficiente para que la ciudad

<sup>25</sup> A. Palazio, *op. cit.*, pp. 21, 23.

<sup>26</sup> Gratus Halftermeyer, *Historia de Managua*, Managua, Talleres de la Imprenta Nacional, 1971, p. 107.

<sup>27</sup> M. Traña Galeano, *op. cit.*, p. 115. Una fotografía tomada por Orlando Valenzuela para el periódico *El Nuevo Diario* de las ruinas de la casa de vacaciones de Moncada se puede encontrar en el blogspot bajo el título de “Palacete de Venecia”. Earth, Quake and Soil: Pequeña Colección de Fotos: Terremoto de 1931 (kashikoidesu.blogspot.com) [fecha de consulta: 22 de septiembre de 2022].

<sup>28</sup> W.L. Beaulac, *Career Diplomat*, *op. cit.* pp. 128, 135.

<sup>29</sup> “Thousands Die in Quake at Nicaraguan Capital”, *Los Angeles Times*, 1 de abril de 1931.



se derrumbara. Pero la tierra continuó moviéndose. Las réplicas comenzaron inmediatamente, “ocurriendo cada hora en promedio durante las primeras veinticuatro horas, después fueron gradualmente decreciendo en frecuencia” por varias semanas, ocasionando más daños al menos en el primer día.<sup>30</sup> Debido a que no hubo sismógrafos en Nicaragua hasta 1961 y a que la escala de Mercalli (precursora de la escala de Richter) no se inventó sino hasta 1932, no hay mediciones científicas de los sismos de esa Semana Santa.<sup>31</sup>

Los habitantes de Managua describieron sus experiencias con los terremotos de forma muy vívida. Sus memorias enfatizaron la extraordinaria naturaleza del fenómeno y rayaron en lo increíble. Una persona aseguró que cuando salió corriendo de un edificio, ubicado prácticamente en la línea de falla, vio claramente el movimiento vertical de la superficie del suelo y comparó su apariencia con la superficie de una enorme olla de agua hirviendo. Otra persona, en el mismo lugar, afirmó que vio olas de dos pies (medio metro de altura) en la tierra. Otros testigos alegaron que el suelo sobre el que se encuentra la penitenciaría se hundió doce pulgadas (treinta centímetros).<sup>32</sup>

Teresa de Jesús Torres Mayorga asegura que durante el temblor las tías de su madre recordaban haber visto grietas abriéndose y cerrándose rápidamente sobre la tierra, “y experimentaron el terror de ser tragadas”.<sup>33</sup> Siendo niño en ese momento, Salvador Murillo recordó que su padre le dijo cómo

<sup>30</sup> D.I. Sultan, “The Managua Earthquake”, 1931, *op. cit.* p. 354.

<sup>31</sup> Deborah R. Coen, *The Earthquake Observers: Disaster Science from Lisbon to Richter*, Chicago, The University of Chicago Press, 2013, p. 127; Lisa Holliday, Thomas H.K. Kang y Kyran D. Mish, “Taquezal Buildings in Nicaragua and Their Earthquake Performance”, *Journal of Performance of Constructed Facilities*, núm. 5, septiembre/octubre, 2012, p. 645. Diferentes autores han señalado que los temblores fueron 4.7, 5.3 o 6.2 en la escala de Richter. Ninguno, sin embargo, revela las fuentes de dichas mediciones. Todos son especulativos. Dos textos científicos aplican de forma retrospectiva los valores de la escala de Richter al terremoto de 1931. Uno de ellos es *Earthquake Information Bulletin*, que informa, en el artículo titulado, “Navidad en Nicaragua” (vol. 4, núm. 1, enero-febrero 1973, pp. 5-11), que el terremoto tuvo un rango de 5.3-5.9, pero no da más información. David Leeds publicó un “Catálogo de Temblores Nicaragüenses”, *Bulletin of the Seismological Society of America*, vol. 64, núm. 4, agosto de 1974, pp. 1135-1158, en el que le asigna una magnitud de 5.6 en la escala de Richter al terremoto de 1931, “tomando en consideración la intensidad, destructividad, duración, réplicas y áreas afectadas reportadas”, p. 1136.

<sup>32</sup> D.I. Sultan, “The Managua Earthquake”, 1931, *op. cit.*, p. 355.

<sup>33</sup> Alcaldía de Managua, *Colección Memorias de mi barrio*, Managua, 2014, p. 13.

vio “levantarse la inmensa ola lago adentro, mientras las ramas de un árbol fuertemente sacudido le aventaban los anteojos. Tuvo que desmontarse [del caballo] para recogerlos”.<sup>34</sup> Roberto Castro Báez, mientras tanto, le contó a su entrevistador sobre las dimensiones multifacéticas de todo el episodio:

Durante los primeros momentos el sismo fue lento, casi con ritmo de vals, no obstante, pocos segundos después la corteza de la tierra parecía alfombra sacudida por un loco furioso, se formaron ondas terrestres con picos que cogían alturas de casi metro y medio. Lo primero que vi al salir de las ruinas de mi casa fue una enorme nube de polvo. De repente se me ocurrió que la ciudad entera estaba hecha con enormes castillos de talco, tal era la cantidad de tierra fina que se elevó hasta el cielo y que fue mezclándose con el humo negro de los incendios que se originaron en los mercados.<sup>35</sup>

Los estadounidenses no estaban menos impresionados con el poder de la naturaleza. El jefe de ingenieros del Ejército pensó que la tierra había hecho algo verdaderamente inédito, comentando erróneamente que “nunca en la historia del hombre un [terremoto] ha causado los daños resultantes de [este]”.<sup>36</sup> Mientras Hanna se encontraba en Guatemala, el encargado de Negocios, Willard L. Beaulac, también describió la naturaleza extraordinaria del comportamiento de la tierra. Recordó que “no hubo aviso” de la singularidad de dicho acontecimiento natural. Luego “la tierra se movió lateralmente algunas pulgadas en una serie de convulsiones y Managua fue destruida”. Sintió como si viera “movimiento suspendido, pero movimiento del tipo más violento”. Pero

la impresión de movimiento suspendido era sólo una impresión. El fuerte retumbar parecido a un rugir me dejó sin duda de que no sólo el edificio de la legación sino toda la ciudad estaba siendo destruida. La serie inicial de temblores duró ocho segundos. Durante este tiempo pude sentir y escuchar el edificio de la legación desintegrándose. Piezas de mampostería, paredes, una parte del techo se estrellaron contra el pórtico donde estaba yo parado. El pórtico mismo se hundió cuando las paredes del edificio se doblegaron hacia afuera. Podía escuchar

<sup>34</sup> Salvador Murillo, “Postales”, *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, Segunda Época, tomo LXV, agosto de 2007, p. 259.

<sup>35</sup> Alcaldía de Managua, “Don Gratus y la Managua que no queremos olvidar”, *op. cit.*, p. 35.

<sup>36</sup> D.I. Sultan, “The Managua Earthquake”, 1931, *op. cit.*, p. 354.

el ala oeste, que contenía la vivienda del ministro, chocando contra el suelo. Cegado por el polvo, me quedé fijo en mis huellas. En mi caso, efectivamente, la acción había sido suspendida. No tenía ganas de correr. No había lugar a dónde correr. Era una caída de diez metros hacia el patio abajo. No tenía forma de saber si la escalera seguía en pie o cuánto del porche permanecía intacto.<sup>37</sup>

Después de que la tierra dejó de estremecerse y suficiente polvo se asentó para que Beaulac pudiera ver a su alrededor, se dio cuenta de que las escaleras seguían en pie, aunque “la balastrada de cemento había desaparecido y más de un metro de escombros cubrían los escalones”. Se arrastró con cuidado hasta que pudo advertir el pleno poder de lo que el movimiento terrestre había significado para Managua:

Es difícil de describir la escena de desolación y terror que vieron mis ojos cuando salí de la legación a la calle. Tan lejos como pude ver, en ambas direcciones, la calle estaba cubierta de escombros y edificios caídos. Nada parecía intacto. La gente en la calle gritaba o parecía estar aturdida por el choque [psicológico].<sup>38</sup>

En otro lado de la ciudad, Palazzo también presencié escenas de pánico y horror entre personas y animales. Figuras fantasmagóricas cubiertas de polvo lloraban por sus seres queridos atrapados debajo de los muros de sus propios hogares.<sup>39</sup> Los animales estaban igualmente horrorizados, en particular los caballos que corrían “con las ancas rígidas de terror”.<sup>40</sup>

De hecho, la tierra se movió lo suficiente para provocar la destrucción de la mayor parte de lo que los habitantes de Managua habían construido. Los edificios de adobe del siglo XIX se tambalearon hasta derrumbarse, mientras que los hogares de taquezal desecharon su capa de yeso y derramaron sus tejas sobre los transeúntes y muchas más se cayeron encima de las personas que estaban dentro. Los muros de la prisión se despedazaron en todas direcciones, aplastando a más de doscientos prisioneros y guardias. El Palacio Nacional y otras dependencias gubernamentales se pulverizaron sobre los cuerpos de funcionarios y visitantes. Las nubes de polvo de las

<sup>37</sup> W.L. Beaulac, *Career Diplomat*, *op. cit.*, p. 128

<sup>38</sup> *Ibid.*, pp. 128-129

<sup>39</sup> A. Palazzo, *op. cit.*, pp. 46, 52.

<sup>40</sup> W.L. Beaulac, *Career Diplomat*, *op. cit.*, p. 30; A. Palazzo, *op. cit.*, p. 29.

paredes de taquezal y adobe que caían en cascada sobre los patios y las calles cegaron y asfixiaron a la gente. Sin embargo, lo peor no había pasado. Un cuarto de hora después del primer temblor, se desató un incendio en el centro de la capital.<sup>41</sup> Beaulac vio las flamas elevarse a una cuadra de la legación cuando llegó a la calle.<sup>42</sup> Como lo describió *The New York Times*, “las llamas devoraban los escombros del terremoto”, incluidas las personas que fatalmente habían quedado atrapadas bajo ellos.<sup>43</sup>

La combinación de temblores e incendio, así como los factores socioambientales, convirtieron el fenómeno natural del estremecimiento de la tierra en una calamidad humana a toda escala. La ciudad no tenía un cuerpo de bomberos: no había camiones contra incendios ni bomberos ni equipos contra el fuego.<sup>44</sup> Antes del terremoto, los incendios eran apagados por brigadas formadas *ex profeso*. Se presentaban voluntarios con equipo rudimentario y cubetas de agua para apagar el fuego cada vez que se prendía uno.<sup>45</sup> El 31 de marzo, los terremotos crearon las condiciones perfectas para que el incendio se esparciera más allá de lo que los managuenses habían presenciado en su historia. El yeso desprendido de las casas y edificios de oficinas expuso la vulnerabilidad del taquezal: el pasto seco y la paja, amontonados junto a los postes podridos y carcomidos por las hormigas, se convirtieron en leña para las llamas que se arremolinaban en todas direcciones, impulsadas por los vientos estacionales.<sup>46</sup> Además, el terremoto cortó la fuente del suministro de agua, la laguna de Asososca. Un derrumbe en un costado de esa laguna arrojó a unas mujeres que lavaban ropa y también una gran cantidad de tierra al fondo, cubriendo las bombas que suministraban

<sup>41</sup> Brigadier General Frederic L. Bradman, *op. cit.*, p. 1, 817.48 Earthquake of 1931/240, Report for the Chief of Operations, Navy Department, Washington. D. C., 20 de marzo de 1933, RG 59, GRDS/M1273, Roll 27.

<sup>42</sup> W.L. Beaulac, *Career Diplomat*, *op. cit.*, p. 130.

<sup>43</sup> “Thousands Die”, *The New York Times*, 1 de abril de 1931, p. 1; “Aviator Describes Horror”, *The New York Times*, 1 de abril de 1931, p. 1.

<sup>44</sup> Brigadier General Deon Williams, “Managua Disaster”, *Marine Corps Gazette*, vol. 16, núm. 2, agosto de 1931, pp. 12-17, 35.

<sup>45</sup> Colonel Johnston Gordon, Foreign Relations, Mexican Press on Nicaragua, Translation from “El Gráfico”, 26 de abril de 1931, 817.48 Earthquake of 1931/150, RG 59, GRDS/M1273, Roll 27.

<sup>46</sup> D.I. Sultan, “The Managua Earthquake”, *op. cit.*, p. 356.

el agua a las redes de la capital.<sup>47</sup> Temblores, fuego, viento, deslizamientos de tierra: no es de extrañar que Modesto Armijo, amigo y colega de Palazio, sintiera que “las fuerzas de la naturaleza se desataron” contra Managua.<sup>48</sup> Ahora dependía de las autoridades decidir qué hacer ante semejante catástrofe humana y ambiental.

#### LOS ESTADOUNIDENSES TOMAN MANAGUA POR ASALTO

La cuestión del poder y la autoridad en la crisis creada por el temblor encontró una respuesta rápida el 31 de marzo. Con el presidente Moncada de vacaciones, las fuerzas de ocupación estadounidenses llenaron el vacío. Los *Marines* permanecían en Nicaragua desde 1912, con solo un año de suspensión, tras haber aceptado las invitaciones para intervenir militarmente hechas por las facciones políticas de élite que estaban continuamente en guerra. Los *Marines* tenían programado irse del país después de las elecciones de 1932. En su lugar quedaría una guardia nacional teóricamente no partidista, creada por Estados Unidos en 1927. En 1931 la Guardia Nacional aún estaba bajo el mando de la infantería de Marina, y su principal tarea era derrotar al líder guerrillero nacionalista Augusto César Sandino, quien operaba al norte del país.<sup>49</sup> Había entre trescientos y quinientos cincuenta *Marines* estacionados en Managua.<sup>50</sup> Ese día tomaron la ciudad en ruinas con la participación de unos doscientos nicaragüenses de la Guardia Nacional y así estrenaron su papel como fuerza humanitaria.<sup>51</sup>

Tan pronto como comenzó el incendio, los *Marines* entraron en acción bajo su propia autoridad. El ingeniero y capitán Claude A. Phillips dirigió

<sup>47</sup> Willard L. Beaulac y Matthew E. Hanna, “Report of the Work of the American Red Cross to Relieve Distress in Nicaragua Caused by the Earthquake at Managua”, 31 de marzo de 1931, 817.48 Earthquake of 1931/193, RG 59, GRDS/M1273, Roll 27.

<sup>48</sup> A. Palazio, *op. cit.*, p. 11.

<sup>49</sup> Knut Walter, *The Regime of Anastasio Somoza, 1936-1956*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1993, pp. 14-23.

<sup>50</sup> Lt. Colonel Clinton A. Phillips, “Earthquake in Managua”, *Marine Corps Gazette*, vol. 74, núm. 2, 1990, p. 61; “2 500 Americans are in Managua”, *The New York Times*, 1 de abril de 1931.

<sup>51</sup> Hanna al secretario de Estado, 17 de abril de 1931, 817.00, Bandit Activities, 1931/35, Office of the Historian (OH), Papers relating to the Foreign Relations of the United States, 1931, vol. II, American assistance following the destruction of Managua by the earthquake of March 31, 1931, en <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1931v02/ch62>.

a un grupo desde Campo Marte, a más de un kilómetro de distancia del centro de la ciudad, a combatir el fuego. “Veinte minutos después de los primeros dos y más violentos temblores de [la] tierra”, escribió el general de brigada Frederic L. Bradman, dos compañías de la infantería de Marina, bajo su mando, marcharon hacia las ruinas “para ayudar en el trabajo de rescate, mantener el orden entre los habitantes aterrorizados y salvaguardar sus bienes evitando saqueos y pillajes”.<sup>52</sup> Poco después, otro militar, el general de división Calvin B. Matthews, comandante de la Guardia Nacional, declaró la ley marcial junto con el jefe político de Managua, José del Carmen Flores. El periodista Palazio informó que en el completo “desorden” social creado por la naturaleza mediante el terremoto y el incendio, se inició el saqueo de las casas de los ricos que aún no habían sido devoradas por el fuego.<sup>53</sup> “Dentro de los pocos minutos siguientes a que se declarara ley marcial”, sin embargo, escribió el secretario Beaulac y el ministro Hanna, la Guardia Nacional y los *Marines* estadounidenses “ocuparon la destruida ciudad y rápidamente restauraron el orden”.<sup>54</sup> Un cable enviado ese día al secretario de Estado resulta inequívoco acerca de quién había quedado a cargo: “Fuego furioso que cubre el área a 10 cuadras del centro de la ciudad. Ley marcial declarada, ciudad en control de los *Marines*”.<sup>55</sup>

A partir de ese momento, los estadounidenses echaron a andar a toda velocidad la maquinaria del imperio para combatir la naturaleza. En la tarde, alrededor de las 14:30 horas, el teniente coronel Dan I. Sultan llegó a Managua, procedente de Granada, unos cuarenta kilómetros al este de la capital. Sultan condujo el que quizá fue el más destacado grupo de ingeniería ambiental estadounidense, el cuerpo de ingenieros del Ejército. Con él se encontraba “un destacamento de ingenieros del ejército y equipo de ingeniería especial para los trabajos de demolición y otros similares”, señaló el general Bradman.<sup>56</sup> Los “6 oficiales y 28 hombres enlistados” de Sultan

<sup>52</sup> F.L. Bradman, *op. cit.*, p. 2.

<sup>53</sup> A. Palazio, *op. cit.*, pp. 41, 71.

<sup>54</sup> W.L. Beaulac y Hanna, *op. cit.*, p. 2.

<sup>55</sup> Charles Russell al secretario de Estado, Nueva York, 31 de marzo de 1931, 817.48 Earthquake of 1931/2, R59, GRDS/M1273.

<sup>56</sup> F.L. Bradman, *op. cit.*, p. 2.

tomaron en sus manos el combate al fuego del capitán Phillips.<sup>57</sup> Después de las 17:30 horas, el secretario Beulac recibió un telegrama del secretario de Estado Henry L. Stimson, diciéndole que “en una reunión en la oficina de la Cruz Roja estadounidense en la que se encontraban representantes de los Departamentos de Estado, Guerra y Marina fue acordado que Usted debe asumir la responsabilidad de coordinar las medidas de asistencia de los Estados Unidos sujetas al arribo de Ernest J. Swift” de la Cruz Roja.<sup>58</sup> Stimson también informó a Beulac que la Marina iba a enviar dos buques médicos y que varios aviones de la Marina estacionados en el canal de Panamá arribarían al día siguiente con médicos, enfermeras y equipo. Además, diez mil dólares estaban a su disposición para los trabajos de emergencia.<sup>59</sup> Cuando el general Moncada regresó de “Venecia”, el martes por la tarde, la Guardia Nacional ya se encontraba enterrando a los muertos. Moncada confirmó la ley marcial al día siguiente.<sup>60</sup>

#### LOS ESTADOUNIDENSES SE MOVILIZAN PARA ENFRENTAR EL DESASTRE

Los hombres del presidente de Estados Unidos se organizaron rápidamente. Tras su llegada de Guatemala el miércoles primero de abril, el ministro Matthew Hanna tomó las riendas de la situación; Swift se retrasó cuarenta y ocho horas más debido a otro fenómeno de la naturaleza, una tormenta que lo demoró hasta el 3 de abril. La tarde en la que arribó Swift, Hanna formó el Comité Central de Asistencia (CCA) para coordinar las operaciones de emergencia y auxilio. El general Moncada era director honorario del CCA y el ministro Hanna era su director. Los otros cuatro hombres que integraban el comité incluían al coronel Bradman (*Marines*), el coronel Sultan (cuerpo de ingenieros del Ejército), el general Matthews (Guardia Nacional) y, representando a Moncada, el entonces ministro de Relaciones Exteriores,

<sup>57</sup> Michael J. Brodhead, “‘A Wet, Nasty Job’: Army Engineers and the Nicaragua Canal Survey of 1929-1931”, *Federal History*, núm. 5, enero de 2013, p. 27.

<sup>58</sup> Stimson a Hanna, telegrama, 31 de marzo de 1931, 817.48 Earthquake of 1931/11, Office of the Historian. Papers relating to the Foreign Relations of the United States, 1931, Volume II. American assistance following the destruction of Managua by the earthquake of March 31, 1931, en 1931/11.<https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1931v02/ch62>.

<sup>59</sup> *Ibid.*

<sup>60</sup> E.L. Bradman, *op. cit.*, p. 3.

Anastasio Somoza García.<sup>61</sup> La decisión de integrar a Somoza se debió a su excelente habilidad en el idioma inglés y a su cercanía con Moncada, quien se había mudado a la sólida casa de los Somoza después de que los terremotos dejaran el Palacio Presidencial inhabitable.<sup>62</sup> Además, el gobierno nicaragüense formó su propio comité de emergencia para administrar la asistencia, sobre todo en cuanto al suministro de alimentos y la contratación de mano de obra para las operaciones de limpieza y la relación con las organizaciones de auxilio de los países vecinos, incluidos El Salvador, Costa Rica, Panamá y Guatemala, en cooperación con el CCA.<sup>63</sup> Pero no había duda sobre quién estaba a cargo realmente. El comité de asistencia del gobierno de Nicaragua incluía a Ramón Sevilla, ministro de Educación, y a Francisco Frixione, comisionado del Distrito Nacional, cuyo director era el coronel Sultan. Como dejó claro el ministro Hanna en su telegrama al secretario de Estado: “el Comité Central está coordinando todas las actividades referidas, así como las actividades puramente nicaragüenses”.<sup>64</sup>

Los daños provocados por el fenómeno natural fueron totalmente funestos. Hubo un sinnúmero de muertos y heridos bajo muros y techos. La tierra seguía “estremeciéndose” día y noche, derrumbando estructuras débiles y cubriendo las calles y caminos de escombros.<sup>65</sup> El incendio crecía sin parar, alimentado por vientos huracanados y sustancias inflamables de todo tipo: gasolina, queroseno y envases de productos químicos. Las explosiones constantes extendían el fuego.<sup>66</sup> Prácticamente todos los managüenses se encontraban sin hogar. Hasta veinte mil personas abandonaron la capital a pie o a caballo, en carreta o en tren para establecerse con familiares en los

<sup>61</sup> Hanna al secretario de Estado, telegrama, 3 de abril de 1931, 817.48/53, RG 59, GRDS/M1273.

<sup>62</sup> A. Palazio *op. cit.*, p. 108.

<sup>63</sup> Hanna al secretario de Estado, telegrama, 5 de abril de 1931, 817.48, Earthquake of 1931/73, OH; Hanna al secretario de Estado, telegrama, 5 de abril de 1931, 817.48/73, RG 59, GRDS/M1273.

<sup>64</sup> Hanna al secretario de Estado, telegrama, 5 de abril de 1931, 817.48/73, RG 59, GRDS/M1273, Roll 27.

<sup>65</sup> First Lieutenant B.B. Talley, Corps of Engineers, “When the Earth Trembles”, *The Military Engineer*, vol. XXIV, núm. 138, noviembre-diciembre de 1932, p. 618.

<sup>66</sup> D.I. Sultan, “The Managua Earthquake”, *op. cit.*, p. 6; 817.48 Earthquake 238, 1933, RG 59, GRDS/M1273, Roll 27/238.



pueblos cercanos o en otras ciudades.<sup>67</sup> Los más pobres acamparon a la orilla del lago, que ya no era un lugar de belleza y solaz natural, sino un sitio de desolación y miedo. El parque central, el parque Darío y otras áreas verdes se llenaron también de refugiados desesperados.<sup>68</sup>

Los hombres del CCA tenían mucho que hacer. Todas sus labores eran prioritarias: mantener las operaciones de radio y reestablecer el servicio de telégrafo para comunicarse con Washington; acordonar las áreas destruidas para prevenir más lesiones y facilitar el socorro; combatir el fuego; organizar grupos de búsqueda y rescate para localizar a los muertos y heridos; reparar las bombas sepultadas por el derrumbe para reactivar el servicio de agua; montar dos hospitales de campaña y estaciones de vacunación para prevenir epidemias; organizar la recepción de alimentos y establecer cocinas de campo para las personas sin hogar; además de cuidar a los aproximadamente novecientos estadounidenses que residían en Managua.<sup>69</sup> Esa última labor supuso armar tiendas de campaña para el personal de la legación y sus familias, y preparar a 175 mujeres y niños estadounidenses para evacuar. El ministro Hanna estaba muy consciente de que los poderosos elementos naturales se habían combinado en detrimento de la población: el fuego, el viento y la ausencia de agua. Además, el CCA se percató de que estaba en una carrera contra la naturaleza: la temporada de lluvias comenzaría, más o menos, el próximo mes, y sus efectos podían ser devastadores para la población sin hogar. En el informe que Hanna envió al Departamento de Estado comentando “el trabajo de la Cruz Roja estadounidense para aliviar la angustia en Nicaragua”, señaló que “existía un gran peligro de que, a menos que se retiraran los escombros de las calles antes de que llegaran las fuertes lluvias, estos serían arrastrados a las alcantarillas pluviales que probablemente se bloquearían, con el consiguiente aumento del peligro de pestilencia”.<sup>70</sup> No obstante, la mayor parte del trabajo que se requería era justo lo que el ejército estadounidense estaba entrenado para hacer y lo hizo rápidamente.

<sup>67</sup> A. Palazio, *op. cit.*, p. 197; Hanna al Departamento de Estado, telegrama, 4 de abril de 1931, 817.48/64, RG 59, GRDS/M1273, Roll 27/238.

<sup>68</sup> A. Palazio, *op. cit.*, pp. 29, 50, 52, 57-58, 64.

<sup>69</sup> “Relief Work Directed at Preventing Disease”, *Los Angeles Times*, 2 de abril de 1931, p. 2.

<sup>70</sup> W.L. Beaulac y Hanna, *op. cit.*, p. 29.

El Comité Coordinador Central se movilizó para la confrontación con la naturaleza como si se encontrara en un campo de batalla. Los ingenieros militares se dedicaron a combatir el fuego y a restablecer el abastecimiento de agua. La Guardia Nacional se enfocó en varias tareas: rescatar a los heridos y llevarlos al hospital establecido en Campo Marte; ayudar a la población civil a sacar los cuerpos sepultados bajo los escombros, en colaboración con la Cruz Roja guatemalteca; limpiar calles y caminos; y distribuir agua potable y raciones de alimentos no cocinados.<sup>71</sup> Debido a la falta de personal, el coronel Matthews reclutó y designó a decenas de hombres nicaragüenses como guardias temporales para realizar las tareas asignadas.<sup>72</sup> Los *Marines* custodiaron los perímetros de la ciudad, atacaron el fuego, se coordinaron con la Guardia Nacional para detener y prevenir saqueos, distribuyeron alimentos cocinados, construyeron letrinas para las personas sin hogar y demás tareas.<sup>73</sup>

En menos de veinticuatro horas, el miércoles primero de abril, “se le ordenó a cuatro buques de guerra, incluido un portaviones y un transporte del ejército, junto con dos aviones, que se dirigieran de inmediato a aguas nicaragüenses”, informó *Los Angeles Times*.<sup>74</sup> El Departamento de Estado informó a Hanna que el portaviones Lexington, estacionado en Guantánamo, Cuba, se dirigía a Greytown, en la costa atlántica de Nicaragua, con ochenta aviones y que además le enviaba tres aviones anfibios, con personal médico, al lago Xolotlán.<sup>75</sup> Decenas de miles de vacunas contra tétanos, tifoidea y sífilis llegaron también de Nueva York y Filadelfia, con “tiendas, catres, sábanas, equipo médico y comida”, provenientes de Panamá.<sup>76</sup>

<sup>71</sup> Hanna al secretario de Estado, telegrama, 1 de abril de 1931, 817.48/18; Hanna al secretario de Estado, telegrama, 2 de abril de 1931, 817.48/21; Hanna al secretario de Estado, telegrama, 6 de abril de 1931, 817.48/73, RG 59, GRDS/M1273, Roll 27; W.L. Beaulac y Hanna, *op. cit.*, pp. 4, 11, 48.

<sup>72</sup> A. Palazio *op. cit.*, p. 70.

<sup>73</sup> W.L. Beaulac y Hanna, *op. cit.*, p. 11.

<sup>74</sup> “Quake Area Aid Rushed”, *Los Angeles Times*, 1 de abril de 1931.

<sup>75</sup> Memorandum del jefe de División de Asuntos Latinoamericanos, Thurston, 1 de abril de 1931, 817.817.48 Earthquake of 1931/61, OH; Walter Thurston Memorandum, Departamento de Estado, División de Asuntos Latinoamericanos, 1 de abril de 1931, 817.48/61, RG 59, GRDS/M1273, Roll 27; “100 Planes on Hand for Quake Relief,” *The New York Times*, 4 de abril de 1931.

<sup>76</sup> Telegrama del comandante 15vo., 2 de abril, 1931, Record Group (RG) 127: Records of the U.S. Marine Corps (RUSMC), Headquarters, Historical Section Records Related to USMC

Mientras tanto, el buque militar “Chaumont” partió de San Diego hacia Corinto para recoger a mujeres y niños estadounidenses y devolverlos a Estados Unidos, mientras que Pan American Airlines dispuso seis aviones comerciales para brindar auxilio.<sup>77</sup> En setenta y dos horas, Managua se convirtió en el foco de una demostración masiva del poderío militar estadounidense, utilizando recursos de ambas costas de ese país y del Caribe para que sus hombres pudieran lidiar con la naturaleza y la destrucción que dejó la tierra que seguía temblando.

#### MÚLTIPLES FRENTE EN EL CAMPO DE BATALLA DE LA NATURALEZA

En el implacable calor y bajo el polvo de la ciudad derrumbada, el CCA se puso a trabajar. El incendio, que *The New York Times* calificó como “el más despiadado de los flagelos que acompañaron la convulsión de la tierra”, captó la atención del cuerpo de ingenieros del ejército.<sup>78</sup> Los ingenieros atendieron la crisis científicamente, concentrándose en la contención del fuego por medio de la dinamita y la creación de cortafuegos, descrito por el primer teniente del cuerpo de ingenieros, B.B. Talley, como “un camino a través de la ciudad que las llamas no podían cruzar”.<sup>79</sup> Los ingenieros removieron “toda la gasolina y aceite a tres cuadras” del área ardiendo, recordó Sultan, el teniente coronel a cargo de los ingenieros en Nicaragua, mientras que unos treinta civiles “fueron acorralados por la guardia de entre las zonas seguras fuera de la ciudad y los pusieron a marchar bajo vigilancia hasta el lugar donde se concentraban los esfuerzos de extinción de los incendios” para limpiar las calles amenazadas por las llamas y “crear un carril que el fuego no pudiera saltar”. Los edificios dañados que se encontraban de cara al incendio fueron dinamitados de manera que cayeran

---

Activities in Nicaragua (HS/RUSMC), 1927-1933 / 2ns Brigade / Changes, Patrol Receipts, Casualty Reports, Box 15, Folder: 2<sup>nd</sup> Brigade – Patrol Reports – 1 enero de 1931-8 junio de 1932; “Quick Action by Hoover”, *The New York Times*, 1 de abril de 1931; “100 Planes on Hand for Quake Relief”, *The New York Times*, 4 de abril de 1931.

<sup>77</sup> “Relief Work Directed at Preventing Disease”, *Los Angeles Times*, 1 de abril de 1931; “Ships of Sea and Air Speed Quake Relief”, *The New York Times*, 2 de abril de 1931.

<sup>78</sup> “200 Refugees Leave Managua by Plane; Fire Menaces Camp”, *The New York Times*, 4 de abril de 1931.

<sup>79</sup> B.B. Talley, *op. cit.*, p. 619.

hacia el incendio.<sup>80</sup> Pero el viento actuó en contra de los hombres, “irregular en velocidad y caprichoso en dirección”,<sup>81</sup> señaló *The New York Times*. Además, los ingenieros se dieron cuenta de que la dinamita no tenía el efecto deseado en las construcciones de taquezal, que no necesariamente se caían, pero sí levantaban polvo.<sup>82</sup> Además, el incendio ardía tan caliente, reportó *Los Angeles Times*, que muchos de los *Marines* que caminaban hacia las llamas perdieron sus zapatos, pues se quemaban en sus propios pies.<sup>83</sup> Mientras “la tierra se estremecía intermitentemente”, Talley describió una escena clásica del hombre contra la naturaleza: “el fuego rugía con renovado vigor y los hombres continuaban con sus tareas. Muchas veces parecía que habían ganado, pero al final el fuego saltaba la brecha y la batalla se iniciaba en otro frente. Así pasó el martes, miércoles, jueves y viernes. El sábado por la mañana, el fuego estaba bajo control”.<sup>84</sup> Aunque Sultan reportó que habían contenido el fuego el jueves en lugar del sábado, Talley sabía que mantener el incendio controlado (esto es, ardiendo entre los escombros, pero sin expandirse más), no era solamente obra del hombre, sino que la naturaleza misma determinaría el resultado. Talley escribió: “La providencia, un viento flojo y los débiles esfuerzos del hombre habían ganado; pero el campo de batalla estaba en posesión de los muertos”.<sup>85</sup> El fuego había consumido treinta y una manzanas y continuó ardiendo durante más de una semana dentro del perímetro controlado, gracias a que los vientos por fin desaparecieron.<sup>86</sup>

El número de víctimas se incrementó con el paso de los días, agravando los desafíos ambientales. El lunes 6 de abril, el secretario de Estado recibió un telegrama de Hanna que decía: “Más de 650 muertos han sido sepultados a la fecha. El trabajo de rescate de los pericidos continúa, pero es probable

<sup>80</sup> D.I. Sultan, “The Managua Earthquake”, Record Group 59: General Records of the Department of State. M1273: Records of the Department of State Relating to Internal Affairs of Nicaragua, 1930-1944, Decimal File 817. Roll 27/238, 1933, p. 3.

<sup>81</sup> “200 Refugees Leave Managua by Plane; Fire Menaces Camp”, *The New York Times*, 4 de abril de 1931.

<sup>82</sup> F.L. Bradman, *op. cit.*, p. 2.

<sup>83</sup> “New Severe Earth Shocks Hit Stricken Managua”, *Los Angeles Times*, 2 de abril de 1931.

<sup>84</sup> B.B. Talley, *op. cit.*, p. 619.

<sup>85</sup> *Ibid.*

<sup>86</sup> D.I. Sultan, “*The Managua Earthquake*”, *op. cit.*, p. 4.

que cientos nunca sean recuperados”.<sup>87</sup> No obstante, el mismo día, *The New York Times* reportó que 975 personas habían sido sepultadas, citando fuentes no oficiales. Palazzo reveló que la naturaleza no tuvo compasión hacia los muertos. El calor de 32 grados y la humedad de la temporada aceleró los procesos de descomposición a tal grado que el hedor a carne podrida invadió Managua al segundo día. En su prisa por enterrar a los muertos, algunos habitantes cavaron tumbas poco profundas; Palazzo temía que se desenterraran durante la temporada de lluvias. Peor aún fue la espantosa bonanza que otros animales detectaron en las ruinas: perros, buitres y cerdos asaltaron los escombros para devorar a los muertos.<sup>88</sup> Ante el temor creciente de una enfermedad epidémica, los estadounidenses tomaron medidas drásticas. El permiso para que los habitantes de Managua llevaran a sus muertos al cementerio pronto sería suspendido. El miércoles, los *Marines* y la Guardia Nacional “llevaron los cuerpos a una colina fuera de la ciudad, donde fueron cremados frente a sus familiares que se mantenían de pie, paralizados por el dolor”, reportó *Los Angeles Times*, pero para el jueves “ahora los cuerpos que se encuentran son empapados de aceite y queroseno y quemados allí mismo”, dijo *The New York Times*.<sup>89</sup> “Se hizo una enorme pira funeraria con los cuerpos de los presos del penal”, señaló ese mismo diario, mientras “cientos de personas, llorando, miraban la cremación”.<sup>90</sup>

Asimismo, los *Marines* y la Guardia recibían órdenes de disparar a cualquier animal que se encontrara merodeando entre los escombros. Un periodista de *The New York Times* describió que los “perros sin hogar, temerosos y medio hambrientos” eran el principal objetivo, explicando eufemísticamente que los *Marines* temían “que los brutos puedan volverse salvajes por falta de comida y agua” como si la abundancia de cadáveres abandonados después del temblor revirtiera la domesticación canina.<sup>91</sup> Por ello, las órdenes fueron estrictas, ya que los perros también invadieron el campamento

<sup>87</sup> Hanna al secretario de Estado, recibido el 6 de abril, 1931, RG 127: Records of the US Marine Corps. Nicaragua Guardia Nacional (GN-3)/ General Correspondence, 1928-1932 / 17.0 to 21.0, Box 3: FAIS 1-2, Entry 202, HM 2007).

<sup>88</sup> A. Palazzo, *op. cit.*, p. 63.

<sup>89</sup> “New Severe Shocks Hit Stricken Managua”, *Los Angeles Times*, 2 de abril de 1931; “975 Quake Victims Buried in Managua”, *The New York Times*, 6 de abril de 1931.

<sup>90</sup> “25 000 Homeless Fleeing Managua”, *The New York Times*, 2 de abril de 1931.

<sup>91</sup> “New Quake Topples Walls in Managua”, *The New York Times*, 8 de abril de 1931.

temporal que los *Marines* habían establecido para las familias estadounidenses. Incluso el “cachorro blanco y amarillo” de la hija del teniente coronel Clinton A. Phillips fue “destruido”.<sup>92</sup> En medio de un cuadro de “desolación” y “danza macabra”, como *The New York Times* describió Managua, la eficiencia militar que ejercieron los *Marines* fue evidente en otras actividades de emergencia.<sup>93</sup>

Con los dos hospitales de la ciudad en ruinas, asistir a las personas que fueron aplastadas por los estremecimientos telúricos se volvió una labor de mayor envergadura. Un grupo de nicaragüenses que trabajaban con el cónsul belga y la Cruz Roja guatemalteca establecieron un hospital en el jardín del consulado, mientras que la CRC se hizo cargo de instalar estaciones de primeros auxilios alrededor de Managua.<sup>94</sup> Aquellos con lesiones que no imposibilitaran su traslado fueron enviados a pueblos aledaños para recibir atención médica, incluyendo el hospital que los panameños instauraron en Granada. Pero cuando el afectado estaba seriamente herido, se le enviaba a uno de los tres hospitales construidos en Campo Marte.<sup>95</sup> Los *Marines* informaron que había dos mil heridos en el hospital el 4 de abril.<sup>96</sup> Según el conteo final de Hanna, los heridos serían “quizá, 7 000”, aunque el jefe de la Cruz Roja, Swift, registró haber tratado “alrededor de 8 000 casos de lesiones menores” durante la primera semana.<sup>97</sup> Trabajando las veinticuatro horas del día con poco descanso y dormitando en un calor y polvo implacables, los médicos estadounidenses realizaron aproximadamente quinientas cirugías en las primeras 48 horas, mientras el suelo seguía temblando y el polvazal se arremolinaba.<sup>98</sup> Las amputaciones fueron inevitables; 34 fueron realizadas en las primeras veinticuatro horas ya que las extremidades aplas-

<sup>92</sup> C.A. Phillips, *op. cit.*, p. 65.

<sup>93</sup> “25 000 Homeless Flee Managua Ruins”, *The New York Times*, 2 de abril de 1931.

<sup>94</sup> American National Red Cross, “The Managua Earthquake: Official Report of the Relief Work in Nicaragua after the Earthquake of March 31, 1931”, 817.48 Earthquake of 1931/193. Record Group 59: General Records of the Department of State. M1273: Records of the Department of State Relating to Internal Affairs of Nicaragua, 1930-1944. Roll 27, p. 24.

<sup>95</sup> American National Red Cross, *op. cit.*, 1931, p. 35; D. Williams, *op. cit.*, p. 14; D.I. Sultan, “The Managua Earthquake”, 1933, *op. cit.*, p. 6, 1933.

<sup>96</sup> ComSperon a la Sede, USMC, 4 de abril de 1931, RG 127, RUSMC, HS/RUSMC.

<sup>97</sup> W.L. Beaulac y Hanna, *op. cit.*, p. 3.

<sup>98</sup> “Quake Toll Rises to 2,000,” *The New York Times*, 3 de abril de 1931.

tadas por la caída de edificios tuvieron que ser cortadas.<sup>99</sup> La matanza que la naturaleza había precipitado fue obvia: Palazio vio un camión lleno de miembros amputados retumbando a lo largo de caminos apenas despejados de destrozos.<sup>100</sup>

Al mismo tiempo, la CRC organizó el traslado de familias estadounidenses fuera de Managua, lejos de los efectos de la catástrofe. Entre las personas de esta nacionalidad hubo cuatro muertos y, por lo menos, catorce heridos; más alrededor de doscientos familiares que fueron trasladados inmediatamente a Campo Marte.<sup>101</sup> A pesar de haber perdido sus hogares como otros managuenses, su posición social privilegiada les permitió mantenerse mejor protegidos frente a las inclemencias provocadas por el desastre. El ministro Hanna solicitó a la Cruz Roja estadounidense que enviara seis enfermeras de la base militar del canal de Panamá para que atendieran sólo a las mujeres y los niños en el cuartel y las tiendas de campaña. La Cruz Roja las envió y anunció que había ochenta más a disposición en caso de ser necesarias.<sup>102</sup> El problema de la falta de transporte entre Managua y el puerto de Corinto, pues el terremoto desvió las vías ferroviarias, fue resuelto cuando la aerolínea Pan American envió un avión desde Miami para recoger a las familias. El 5 de abril, después de cinco días de haber vivido en las tiendas de Campo de Marte, 185 mujeres y niños estadounidenses abordaron un avión rumbo a Corinto, donde el buque naval Chaumont los esperaba para llevarlos al canal de Panamá.<sup>103</sup> Desde ahí viajarían a San Diego.<sup>104</sup> Así, las familias estadounidenses se salvaron de las molestias físicas en los días posteriores al terremoto, y más aún de la angustia emocional y el trauma de estar a merced de la naturaleza en todas sus manifestaciones.<sup>105</sup> Sin embargo, la experiencia fue tan violenta que más de una mujer estadounidense “sufrió colapsos nerviosos” en el camino a su país de origen.<sup>106</sup>

<sup>99</sup> “25 000 Homeless Fleeing Managua”, *The New York Times*, 2 de abril de 1931.

<sup>100</sup> A. Palazio, *op. cit.*, pp. 58, 225.

<sup>101</sup> “City Razed in Six Seconds”, *The New York Times*, 1 de abril de 1931.

<sup>102</sup> “Red Cross Send Nurses to Managua”, *The New York Times*, 3 de abril de 1931.

<sup>103</sup> “185 Quake Refugees Sail for the Canal”, *The New York Times*, 6 de abril de 1931.

<sup>104</sup> C.A. Phillips, *op. cit.*, p. 65.

<sup>105</sup> W.L. Beaulac y Hanna, *op. cit.*, p. 48.

<sup>106</sup> “Americans Depict Scenes of Suffering”, *Los Angeles Times*, 8 de abril de 1931.

Proveer de agua, restaurar las instalaciones de saneamiento y repartir comida a los habitantes de Managua fueron los retos finales que la CRC enfrentó durante la fase inicial de emergencia. Las tres tareas apuntaban al posible surgimiento de epidemias, otra amenaza ambiental que preocupaba a la CRC y que debía enfrentar. Como con el resto de las operaciones, la CRC echó manos a la obra con precisión militar. Con base en el registro que mantuvo sobre la población que entraba y salía de la ciudad por tren, la Cruz Roja estadounidense calculó que alrededor de veinte mil managuenses abandonaron la capital durante la primera semana “después de la catástrofe”. Quedaron otros veinte mil o veinticinco mil refugiados que requerían atención médica y todo tipo de cuidados.<sup>107</sup>

El problema del agua potable se resolvió primero, “dentro de las primeras horas después del desastre”. Tan pronto como la Guardia Nacional limpió las arterias que conducían hacia las afueras de la ciudad, sus miembros trajeron agua de los poblados aledaños y la distribuyeron.<sup>108</sup> Al mismo tiempo, el cuerpo de ingenieros se dio cuenta de que reparar la estación de bombeo en la laguna de Asososca tomaría varias semanas, por lo que decidieron reutilizar unos viejos pozos profundos de “los terrenos de la cervecería” a la orilla del lago Xolotlán para abastecer de agua a los refugiados inmediatamente. La Guardia encontró algunos barriles, los ingenieros les vertieron cloro y agua potable, y los *Marines* y la Guardia los llevaron a “puntos convenientes alrededor de la ciudad” para repartirla. La Cruz Roja estadounidense informó que “esta agua fue racionada al público por varios días mientras el sistema de agua potable era restaurado”. Mientras tanto, los ingenieros improvisaron una solución a mediano plazo para el problema. Tomaron una bomba eléctrica del sistema ferroviario, ordenaron un “aparato de cloración” de Estados Unidos que llegó por avión y añadieron dos pozos más al sistema de tuberías de agua de la ciudad, el cual no había sido destruido a pesar de los estremecimientos continuos de la tierra. Cinco días después de los dos grandes terremotos, el agua fluyó a través de las tuberías de Managua y los barriles fueron desechados. Los trabajos de reparación del

<sup>107</sup> American National Red Cross, *op. cit.*, p. 9; “New Severe Earth Shocks Hit Stricken Managua”, *The New York Times*, 2 de abril de 1931.

<sup>108</sup> Hanna a Francis White, asistente del secretario de Estado, 16 de abril de 1931, 817.48 Earthquake of 1931/135 ½, RG 59, GRDS/M1273, Roll 27.



sistema de bombeo en la laguna de Asososca continuaron. Tres ingenieros dirigieron la obra, encabezados por el teniente L.R. Groves. Un número desconocido de hombres nicaragüenses se vio obligado a realizar el peligroso trabajo de estabilizar los deslizamientos de tierra dentro de la laguna, mientras esta seguía en movimiento. Sultan informó que los hombres “debían mantenerse bajo vigilancia cuando no estaban trabajando para evitar que se escaparan”, temerosos como estaban de las “rocas sueltas y pequeños deslizamientos que caían a intervalos frecuentes, con el temor adicional de que uno de los frecuentes terremotos causaría un deslizamiento realmente serio”.<sup>109</sup> A medida que continuaban la obra, los ingenieros notaron que la ladera donde se encontraba la laguna se había movido más de diez centímetros por tanto temblor.<sup>110</sup> Con cuidado, los trabajadores lograron desenterrar, reparar, cubrir y proteger una de las dos bombas de Asososca. Con esa tarea terminada, los nicaragüenses, bajo el mando del cuerpo de ingenieros, restauraron el agua corriente a la capital el 20 de abril. La segunda bomba se arregló unos días después y el sistema estuvo en pleno funcionamiento a principios de mayo.<sup>111</sup>

Otra fuerza de operación se hizo cargo del sistema de saneamiento y drenaje. El sistema de alcantarillado colapsó, no porque las tuberías se hubieran fragmentado, sino porque no había agua para operarlas. Resolver ese problema recayó en el coronel Gordon D. Hale, jefe del cuerpo médico de la Guardia Nacional. Hale decidió que las letrinas serían la mejor solución temporal porque las personas estaban congregadas en grandes números en ubicaciones específicas, como a la orilla del Xolotlán, en las áreas verdes, o en el campamento de Campo Marte. Se ordenó a la Guardia cavar las letrinas “donde sea que los refugiados se congregaran”.<sup>112</sup> Más aún, conforme la Guardia removía las escorias y limpiaba el área, cavaban más letrinas en el centro de Managua.<sup>113</sup>

Restablecer el abastecimiento de agua y excavar letrinas ayudó mucho a la prevención de enfermedades, al igual que la campaña de vacunación

<sup>109</sup> D.I. Sultan, “The Managua Earthquake”, *op. cit.*, p. 10.

<sup>110</sup> *Ibid.*

<sup>111</sup> American National Red Cross, *op. cit.*, pp. 10, 13-14, 20-21; D.I. Sultan, “The Managua Earthquake”, 1933, *op. cit.*, p. 358.

<sup>112</sup> American National Red Cross, *op. cit.*, p. 14.

<sup>113</sup> *Ibid.*

dirigida conjuntamente por Hale y el gobierno nicaragüense. El 2 de abril, dos días después de los temblores matutinos, el cuerpo de *Marines* envió un telegrama al cuartel general alertando de que “todos los sueros disponibles” en Panamá habían sido enviados a Managua por avión, además de las vacunas almacenadas en Nueva York. Eso incluía: seis mil unidades de suero antitetánico, 75 viales de vacuna contra la fiebre tifoidea, quinientos “tubos” contra la viruela bovina y 150 000 sueros antitetánicos adicionales.<sup>114</sup> Al día siguiente, otro telegrama relataba que el buque USS Relief podría abastecer 273 600 unidades de suero antitetánico, 2 550 vacunas contra la viruela bovina, 2 300 vacunas contra la fiebre tifoidea, 6 800 unidades de suero antidisentérico, mil centímetros cúbicos de suero antiestreptocócico y más.<sup>115</sup> Luego de una semana, el 7 de abril, Hanna informó que cuatro mil personas habían sido vacunadas contra la tifoidea y se esperaba que cuatro mil más fueran inoculadas el día 8.<sup>116</sup> Para el 9 de abril ese número habría disminuido a dos mil vacunas por día y Hanna informaba el 16 de abril que “la porción de la población que necesitaba vacunación ha sido vacunada contra la tifoidea” y que “no hay más temor por la viruela”.<sup>117</sup> Para el 21 de abril, el ministro informó que alrededor de doce mil managüenses habían sido vacunados.<sup>118</sup> Aunque las fuentes no explican exactamente cómo o dónde fueron administradas las vacunas, Swift le dijo a *Los Angeles Times*, el 4 de abril, que los habitantes de Managua fueron vacunados tan pronto como se formaron en fila para recibir alimentos.<sup>119</sup>

Proveer de alimento a los miles de managüenses que acampaban entre los destrozos fue quizá la parte más compleja de las urgencias creadas por los terremotos. Nuevamente, el ministro Hanna se percató de que la naturaleza complicaría el abastecimiento de comida. Toda Nicaragua atravesaba por “una escasez de alimento” debido a la “sequía severa” que afectaba al

<sup>114</sup> Cmdt. 15 a la Sede, 2 de abril de 1931, RG 127, RUSMC, HS/RUSMC.

<sup>115</sup> USS Relief a la Sede, 2 de abril de 1931, RG 127, RUSMC, HS/RUSMC.

<sup>116</sup> Hanna al secretario de Estado, 7 de abril de 1931, RG 127, RUSMC, HS/RUSMC.

<sup>117</sup> ComSperon a la Sede, USMC, 9 de abril de 1931, RG 127, RUSMC, HS/RUSMC; Hanna a Francis White, asistente del secretario de Estado, 16 de abril de 1931, 817.48 Earthquake of 1931/135 ½ RG 59, GRDS/M1273, Roll 27.

<sup>118</sup> Hanna al secretario de Estado, 21 de abril de 1931, USMC, RG 127, RUSMC, HS/RUSMC.

<sup>119</sup> “Army Rules Quake City”, *Los Angeles Times*, 5 de abril de 1931.

campo.<sup>120</sup> El año anterior, 1930, la sequía había causado la pérdida de las cosechas de maíz y frijol, agravando así la crisis desatada por los temblores.<sup>121</sup> Aun así, Hanna informó que los *Marines* estuvieron a la altura del desafío que se les presentaba. Inmediatamente, el primero de abril escribió que con las raciones de los *Marines* a la mano y “los que están en ruta en buques de guerra, el comandante de brigada está preparado para alimentar a toda la población de Managua durante diez a doce días”.<sup>122</sup> El mismo día el jefe de operaciones navales le escribió al comandante de la segunda brigada de infantería de Marina que el buque de guerra “Rochester” llegaría el 3 de abril con veinticuatro mil raciones y el “Chaumont” y el “Lexington” traerían treinta mil más.<sup>123</sup> El 5 de abril, el jefe de la Cruz Roja, Swift, calculó la magnitud del reto: “los alimentos de emergencia son necesarios para aproximadamente 20 000 personas absolutamente dependientes durante abril y parte de mayo”.<sup>124</sup> Hanna enumeró los artículos necesarios: arroz, maíz, frijol (“preferiblemente rojo”), manteca de cerdo, harina o pan.<sup>125</sup>

Mientras la naturaleza dejaba a la gente desposeída, los *Marines* emprendían la tarea de alimentarla rápidamente. En la tarde del martes de los temblores, instalaron varias cocinas de campamento por la ciudad, contrataron a cocineras nicaragüenses y sirvieron las primeras cuatro mil comidas.<sup>126</sup> Durante las dos semanas siguientes, hasta el 15 de abril, los *Marines* comandados por el capitán C.A. Phillips otorgaron dos comidas diarias a aproximadamente ocho mil personas, en su mayoría mujeres y niños.<sup>127</sup> Además, distribuyeron raciones diarias de comida seca en conjunto con la

<sup>120</sup> Hanna al secretario de Estado, 3 de abril, 1931, 817.48 Earthquake of 1931/53. RG 59, GRDS/M1273, Roll 27.

<sup>121</sup> Michelle Dospital, *Siempre más allá... El movimiento sandinista en Nicaragua 1927-1934*, Managua, Instituto de Historia de Nicaragua, Universidad Centroamericana, y Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2013, p. 97.

<sup>122</sup> Hanna al secretario de Estado, 1 de abril de 1931, 817.4 Earthquake of 1931/18. RG 59, GRDS/M1273, Roll 27.

<sup>123</sup> Jefe de Operaciones Navales al comandante de la Segunda Brigada, 2 de abril de 1931, RG 127, RUSMC, HS/RUSMC.

<sup>124</sup> Hanna al secretario de Estado, 5 abril de 1931, 817.48 Earthquake de 1931/74, RG 59, GRDS/M1273, Roll 27.

<sup>125</sup> Hanna al secretario de Estado, 5 abril de 1931, 817.48 Earthquake de 1931/74. RG 59.

<sup>126</sup> Hanna al secretario de Estado, 2 abril de 1931, 817.48 Earthquake of 1931/21, OH.

<sup>127</sup> Hanna al secretario de Estado, 5 abril de 1931, 817.48 Earthquake of 191/73, OH.

Guardia Nacional (“media libra de arroz, frijoles o maíz, una pequeña cantidad de carne, sal, azúcar y café”).

Las fuentes locales de abastecimiento de alimento eran escasas y costosas debido a la sequía, pero el CRC tuvo acceso a otros dos proveedores: la Marina de Estados Unidos y las compañías privadas estadounidenses.<sup>128</sup>

El coronel Sultan, el jefe ingeniero que había sido responsable de apagar el incendio, se encargó también del abastecimiento de los alimentos. Un aspecto de este encargo fue reabrir los mercados tan pronto como fuera posible para aquellos que pudieran comprar sus alimentos. Así lo hizo el 10 de abril y tan solo unos días después la administración de los mercados pasó al comité de emergencia del gobierno nicaragüense.<sup>129</sup>

Trabajando con Sevilla y Frixione del comité de emergencia del presidente Moncada, el subordinado de Sultan, George H. Hepburn, diseñó un sistema para la distribución de alimentos a cambio de trabajo que comenzó el 16 de abril. La idea era poner a trabajar en las obras de limpieza a los desempleados a cambio de comida y un salario de 40 a 45 centavos por día.<sup>130</sup> El miedo al desorden social ocupó un lugar destacado entre las preocupaciones que tenían los *Marines* a medida que pasaban los días y la solución que encontraron fue poner a los hombres a trabajar.<sup>131</sup> Pero los hombres de Sultan también estaban atentos a las desigualdades de género y se aseguraron de “encontrar trabajo para las mujeres, y muchas de ellas estaban organizadas en bandas de barrenderas que daban la limpieza final a las calles de las que los trabajadores habían retirado los escombros pesados”.<sup>132</sup>

El subcomité dividió la ciudad en ocho zonas ligadas a dos centros de distribución atendidos por nicaragüenses. Cada zona tenía un jefe, cuya

<sup>128</sup> Los oficiales de la Marina responsables de León y Rivas informaron que el maíz y los frijoles escaseaban en esas dos ciudades, pero aun así enviaron cualquier excedente que tenían a Managua. Véase: Registro Mensual de Hechos de León y de Rivas de abril de 1931, Boletines de la Guardia, RG 84, Microfilm 1273, Actas del Departamento de Estado relativas a asuntos internos de Nicaragua, 1930-1944, rollos 21-23, en: [www.sandinorebellion.com/GNN/Pgs/GNNNewslettersHome.html](http://www.sandinorebellion.com/GNN/Pgs/GNNNewslettersHome.html); W.L. Beaulac y Hanna, *op. cit.*, pp. 6, 13, 15, 24-2.

<sup>129</sup> Swift a la American Red Cross, 10 de abril de 1931, 817.48 Earthquake of 1931/113, RG 59, GRDS/M1273, Roll 27; American National Red Cross, *op. cit.*, p. 22.

<sup>130</sup> “Últimas noticias de Managua”, *El Centroamericano*, 16 de abril de 1931.

<sup>131</sup> Hanna al secretario de Estado, 10 abril de 1931, 817.48 Earthquake of 1931/114, OH; W.L. Beaulac y Hanna, *op. cit.*, p. 30.

<sup>132</sup> D.I. Sultan, “The Managua Earthquake”, 1933, *op. cit.*, p. 725.

primera función era “llevar a cabo un censo completo de los habitantes de cada zona por familia”, otorgando a cada familia una cartilla que registrara el número de dependientes y las raciones de alimentos sin cocinar que le correspondían. El sistema alimentaría a veinte mil personas, además de proveer leche para unos dos mil infantes, hasta el 29 de abril. Los 7 500 más necesitados siguieron recibiendo sus raciones hasta el 15 de mayo, un total de mes y medio, mientras que la distribución de leche para infantes continuó hasta el 10 de junio. Hasta 1 476 hombres nicaragüenses permanecieron empleados hasta el 16 de agosto. Para esa fecha la obra se había ampliado de tan solo remover los escombros a reutilizarlos en la reparación de caminos y en la construcción de otros.<sup>133</sup> La fase de recuperación ya estaba en marcha y, por ende, el gobierno nicaragüense se responsabilizó de las labores de reconstrucción a partir del 30 de abril.<sup>134</sup> La emergencia había sido efectivamente superada, aunque la CRC continuó en funciones durante cuatro meses y medio en total.<sup>135</sup>

#### TRIUNFO SOBRE LA NATURALEZA

Aunque es difícil señalar una fecha exacta en la que concluyó la emergencia después de los temblores del 31 de marzo, hay indicios que sugieren que duró solo tres semanas. El cuerpo de ingenieros del ejército salió de Managua el 16 de abril para continuar su trabajo de sondeo en Granada, ya que no se necesitaban sus servicios en la capital.<sup>136</sup> El diario leonés *El Centroamericano* anunció, el 19 de abril, que la reconstrucción estaba en pleno apogeo. El 29 de abril, el mismo periódico informó que la infantería de Marina había dejado de patrullar las ruinas el 25 de abril, dejando esa tarea a la Guardia Nacional.<sup>137</sup> Pero seguramente la prueba más contundente de la prontitud con que los *Marines* controlaron la ciudad y avanzaron en la fase más urgente fue la llegada del comediante Will Rogers a Managua. Rogers aterrizó en la

<sup>133</sup> American National Red Cross, *op. cit.*, pp. 27-28, 119; W.L. Beaulac y Hanna, *op. cit.*, p. 30; Hanna al presidente Moncada, 11 junio de 1931, Enclosure No. 1, Despach No. 404, 817.48 Earthquake of 1931/178, RG 59, GRDS/M1273, Roll 27.

<sup>134</sup> “Reconstruction of Managua”, 817.48 Earthquake of 1931/156, RG 59, GRDS/M1273, Roll 27.

<sup>135</sup> W.L. Beaulac y Hanna, *op. cit.*, p. 53.

<sup>136</sup> B.B. Talley, *op. cit.*, p. 619.

<sup>137</sup> “Correspondencia de Managua”, *El Centroamericano*, 29 de abril de 1931.

capital el martes 7 de abril, apenas siete días después de los dos sismos, listo para entretener a las tropas y a la población, y también para hacer un poco de turismo de desastre. Rogers “trepo sobre la mampostería caída y se abrió camino entre vigas carbonizadas”.<sup>138</sup> El 9 de abril, Rogers publicó una larga carta en *Los Angeles Times*, apelando a “la generosidad y bondad del pueblo estadounidense” para que apoyara a la Cruz Roja, elogiando a los *Marines* como un “regalo del cielo” por su “trabajo heroico” en la semana anterior.<sup>139</sup> El artista se quedó durante cuatro días y luego se dirigió a la base militar del canal de Panamá para entretener a las tropas estadounidenses y hacer un evento de recaudación de fondos para Nicaragua en el Teatro Nacional. Le dijo a la prensa panameña que en Managua “están arreglando las cosas y parece que se llevan bien”, mientras que Hanna describió su visita a la capital como una “alegría para esta comunidad entristecida”.<sup>140</sup>

Rogers no fue la única personalidad que aplaudió el quehacer de los *Marines*. El presidente Moncada fue efusivo en sus alabanzas a los estadounidenses. Su representante en Washington (quien sería elegido presidente en 1932, como se señala más adelante), Juan Bautista Sacasa, en entrevista con la radio CBS el 4 de abril, agradeció al presidente de Estados Unidos, a la Cruz Roja de ese país y a los Departamentos de Estado, Guerra y Marina por poner en marcha “las ruedas de toda la maquinaria de socorro que comanda su poderosa nación”.<sup>141</sup> Y agregó:

Mientras tanto, desde el primer momento, Nicaragua puede agradecer que la infantería de Marina y el cuerpo de ingenieros del Ejército, que estaban sondeando la ruta del canal propuesto, estuvieron presentes y dispuestos a cooperar con la Guardia Nacional en el mantenimiento del orden y el establecimiento de la ley marcial, entregando alimentos a los hambrientos y ayuda médica a los heridos y haciendo el trabajo de socorro necesario de cada descripción, desde excavar entre las ruinas amontonadas hasta enterrar los cuerpos lamentables que se encontraban debajo de ellos.<sup>142</sup>

<sup>138</sup> “Will Rogers’ Visit Heartens Managua”, *The New York Times*, 9 abril de 1931.

<sup>139</sup> “Mr. Rogers’ Remarks”, *Los Angeles Times*, 9 de abril de 1931.

<sup>140</sup> “Will Rogers Flies to Capital of Panama”, *The New York Times*, 12 de abril de 1931.

<sup>141</sup> “Nicaraguan Envoy Thanks Us on Radio”, *The New York Times*, 5 abril de 1931.

<sup>142</sup> *Ibid.*

Sacasa concluyó su entrevista diciendo: “Permítame también intentar expresar, por el medio totalmente inadecuado de la palabra, la inmensa e ilimitada gratitud y aprecio que siento en mi corazón por todo lo que se ha hecho y se está haciendo en este momento de necesidad para mi amado país”.<sup>143</sup>

El presidente Moncada también demostró su agradecimiento a los estadounidenses públicamente. Frente a las cámaras de aquel país que estaban en Managua, dijo, en inglés, que “la generosa cooperación estadounidense otorgada a través del Cuerpo de *Marines*, la Guardia Nacional, la Comisión del Canal y la Cruz Roja obligan al gobierno de Nicaragua a expresar públicamente su reconocimiento al gobierno y al pueblo de los Estados Unidos de la manera más elocuente posible en el lenguaje humano”.<sup>144</sup> Ante el Congreso nicaragüense, Moncada se puso más filosófico, diciendo, el 17 de abril o en días cercanos, que “nos ha herido la Naturaleza”, refiriéndose a Managua como “azotada... por la Naturaleza misma”, con mayúscula en ambas ocasiones. Luego agradeció a los “gobiernos amigos”, comenzando por Estados Unidos, “cuyos marinos, cuyos soldados y la Cruz Roja, bajo la dirección del Honorable señor Ministro Americano Mr. Matthew E. Hanna, han hecho el bien posible y aliviado a Managua en sus primeros días de angustia”.<sup>145</sup> El primero de junio, además, Moncada “formalmente confirió la Medalla Presidencial al Mérito a diecinueve oficiales del Ejército, la Marina y el Cuerpo de *Marines* de Estados Unidos por sus valientes y abnegados servicios después del terremoto”.<sup>146</sup> Esa muestra de gratitud fue seguida por otra el 8 de septiembre, cuando el ministro Hanna recibió su propia Medalla Presidencial al Mérito.<sup>147</sup>

Por muy formales y performativas que fueran las expresiones de agradecimiento de Moncada y Sacasa, el hecho es que los infantes de Marina habían enfrentado con éxito el desafío planteado por una tierra en movimiento. Los nicaragüenses nunca hubieran podido movilizar los recursos como lo hizo

<sup>143</sup> *Ibid.*

<sup>144</sup> Lolo Morales Studio, “Terremoto de Managua de 1931, en vivo y a todo color”, YouTube, 6:26, <https://www.youtube.com/watch?v=vcjTH20Sor4> [fecha de consulta: 6 de junio de 2022].

<sup>145</sup> “Mensaje que el presidente de la República dirige al Congreso Nacional”, *El Centroamericano*, 18 de abril de 1931; Palazio registró la fecha como el 20 de abril, *op. cit.*, p. 152.

<sup>146</sup> American National Red Cross, *op. cit.*, p. 38.

<sup>147</sup> *Ibid.*

la hegemonía continental estadounidense en tan poco tiempo. Simplemente, los nicaragüenses eran demasiado pobres para hacer eso y la Gran Depresión económica que entraba en su apogeo no lo habría hecho más fácil. Pero también es cierto que los infantes de Marina tradujeron mal las palabras de agradecimiento de Moncada porque correspondían a su propia imagen paternalista. El término “salvamento” usado por Moncada fue traducido por los estadounidenses como “salvación”. Así, los informes del país norteamericano señalaron que Moncada reconoció que los *Marines* “salvaron” a la ciudad. Por ejemplo, el informe sobre el trabajo realizado por la Cruz Roja Americana escrito por Hanna y Beaulac citó una carta de Moncada traducida diciendo: “Me da satisfacción también expresarles de la manera más cordial mi agradecimiento por su sincera y devoción benéfica a la obra de *salvar* a Managua”, pero la carta original decía: “la obra de salvamento”.<sup>148</sup> La realidad era más complicada. Si bien las fuerzas de la ocupación militar dieron una respuesta rápida a la destrucción que causó la naturaleza, la cuestión del control de los hombres, es decir, la cuestión del orden y el poder, aún estaba por resolverse. Al buscar una solución permanente, los norteamericanos no midieron las consecuencias.

#### NATURALEZA DESORDENADA, HOMBRES DESORDENADOS

Las fuerzas de ocupación estadounidenses miraban a Nicaragua de una forma muy particular, lo que influyó en sus acciones después de los terremotos. Los estadounidenses veían este país como un remanso donde tanto la naturaleza como los hombres eran desordenados, aunque “encantadores” y un tanto exóticos. El territorio era cálido, húmedo, lluvioso, mojado: una jungla llena de insectos, “caimanes, serpientes y escorpiones, sin mencionar las pulgas y garrapatas”, como escribió el ingeniero Sultan en *The National Geographic Magazine*, aunque concluyó que “la naturaleza es amable” y satisface las pocas necesidades de los “nativos”.<sup>149</sup> Su esposa complementó esa visión al resaltar la presencia del lodo y la falta general de modernidad en el país, que ciertamente podría incluir a la población humana. En las

<sup>148</sup> Las cursivas son mías. W.L. Beaulac y Hanna, *op. cit.*, p. 44.

<sup>149</sup> D.I. Sultan, “Army Engineer Explores Nicaragua: Mapping a Route for a New Canal Through the Largest of Central American Republics”, *The National Geographic Magazine*, vol. 61, núm. 5, mayo de 1932, pp. 593, 626.



haciendas de las afueras de Granada, escribió la señora Sultan, “la vida es más primitiva”, incluso para la élite que por lo demás era “encantadora”.<sup>150</sup> La expresión social de este tipo de ambiente natural era fácil de observar: “bandolerismo”, “guerras fratricidas”, inestabilidad política; las mismas razones por las cuales los *Marines* habían estado interviniendo en la política nicaragüense desde 1912, “para encontrar la manera de traer tranquilidad al país”.<sup>151</sup>

El terremoto enfatizó el peligro de tener aún un desorden mayor. Si no era contenido, el desorden en la capital podría abrir la puerta a la agitación social y a que las fuerzas insurgentes de Sandino bajaran desde el norte del país, rumores que abundaban.<sup>152</sup> Esas razones justificaron la declaración de la ley marcial, no con una intención represiva, sino como un gesto “humanitario”, según la versión estadounidense. Hanna, graduado de West Point, explicó la lógica en una entrevista que dio en El Salvador, reproducida en parte en *El Centroamericano*, el 26 de abril: “Cuando [sucedió] la tremenda catástrofe que materialmente destruyó la capital de Nicaragua, sobrevino un caos absoluto. No había más que desorden, anarquía, confusión”.<sup>153</sup> Como un golpe dirigido a Moncada y otros líderes nicaragüenses, agregó:

Ninguna autoridad acudía a organizar aquello. La Guardia y los *Marines* tomaron, por razones de suprema humanidad, el mando y decretaron la ley marcial, como se decreta, en todo el mundo, en casos similares. Ahora bien, la ley marcial no está escrita ni tiene artículos o procedimientos. Es la simple imposición de la fuerza, por la fuerza, para el bien general.<sup>154</sup>

Ese impulso “humanitario” en aras del bien común habría sido lo que, según Hanna, condujo a las ejecuciones de saqueadores, de los que la prensa estadounidense informó ampliamente a partir del 4 de abril. Tanto *The New York Times* como *Los Angeles Times* informaron que la Guardia Nacional había disparado contra veinte hombres en las primeras 72 horas después de

<sup>150</sup> Florence Sultan, “Snakes, Bandits, Boredom”, *The Military Engineer*, vol. 23, núm. 128, marzo-abril de 1931, p. 150.

<sup>151</sup> D.I. Sultan, 1932, *op. cit.*, pp. 617, 619.

<sup>152</sup> “200 Refugees Leave Managua by Plane”, *The New York Times*, 4 abril de 1931.

<sup>153</sup> “Reportaje”, *El Centroamericano*, 26 de abril de 1931.

<sup>154</sup> *Ibid.*

los terremotos. He aquí la primera actuación de la Guardia Nacional como fuerza humanitaria.<sup>155</sup> Para el sábado, *The New York Times* informó que la situación, al igual que el incendio, estaba bajo control: “No hay desorden y todas las manos están alegres y activas” en la búsqueda del bien común.<sup>156</sup> El coronel Francisco Boza Gutiérrez, miembro de la Guardia desde sus inicios hasta su desaparición en 1979, estuvo de acuerdo con esa conclusión, pero le dio crédito a un infante de Marina por restaurar el orden en medio de las ruinas, en lugar de dárselo a la corporación militar o a Moncada. En sus memorias dijo que el capitán Lewis B. Puller supervisó el anillo de patrullas que rodeaba el núcleo urbano y

había impedido el saqueo de los almacenes y casas instaladas en el centro de la ciudad. Estas medidas habían ocasionado algunas muertes, pero se había evitado la anarquía. En pocas horas se había limpiado de maleantes el centro de la ciudad y estaba, desde ese momento, prohibido el ingreso de personas no autorizadas en el terreno bajo control del Cuerpo de Marinos.<sup>157</sup>

Tampoco Sandino se acercó a Managua. Por ahora, al menos, el ejército de ocupación había triunfado sobre los hombres desordenados y la naturaleza, imponiendo el orden sobre ambos. La obra “misionera” que Florence Sultan atribuyó a su esposo y sus compatriotas se realizó a la fuerza.<sup>158</sup> Pero ¿qué pasa con el futuro? Estaba programado que los infantes de Marina salieran de Nicaragua tras las elecciones de 1932, menos de un año después del catastrófico movimiento de la tierra. ¿Podrían los estadounidenses jugar un papel en poner fin, de una vez por todas, al desorden que asolaba la política nicaragüense?

<sup>155</sup> Cuando aparecieron las noticias sobre las ejecuciones, Hanna le escribió al Departamento de Estado negando que hubieran sido tantos los muertos. Aclaró, además, que los *marines* no le habían disparado a nadie, sugiriendo que había sido la Guardia Nacional la responsable de las muertes. Hanna al secretario de Estado, 6 de abril de 1931, 817.48 Earthquake of 1931/86, RG 59.

<sup>156</sup> “Americans Direct Relief”, *The New York Times*, 4 abril de 1931.

<sup>157</sup> Francisco Boza Gutiérrez, *Memorias de un soldado: Nicaragua y la Guardia Nacional: 1928-1979*, Managua, Ediciones de PAVSA, 2002, pp. 45-46.

<sup>158</sup> D.I. Sultan, *op. cit.*, p. 149.

SOMOZA GARCÍA Y EL LEGADO POLÍTICO DEL TERREMOTO DE 1931

Si hay algún consenso sobre Anastasio Somoza García es que fue una criatura de Estados Unidos; fue *America's Favorite SOB*, como hace explícito el título de un libro.<sup>159</sup> Somoza García era, a todas luces, un trepador social. Williar L. Beaulac, el segundo de Hanna en la legión estadounidense, reconoció que el afable y angloparlante Somoza García era “un hombre muy ambicioso, siempre aspiró a posiciones más altas”.<sup>160</sup> Sin embargo, su nombramiento como jefe de la Guardia Nacional de Nicaragua, tras la partida del último infante de Marina, no estaba predeterminado. Somoza era el hombre de Moncada, su primo segundo, su enlace con la infantería de Marina y su candidato para el cargo de jefe director de la Guardia en 1932. Pero fue Juan Bautista Sacasa quien, al ganar las elecciones, resultó presidente. Aunque Somoza estaba casado con la sobrina de Sacasa, este tenía sus propios candidatos para reemplazar al general Matthews al frente de la Guardia Nacional entrenada por Estados Unidos. El historiador Ternot MacRenato argumenta que algunos comandantes de campo nicaragüenses también estaban en contra de Somoza porque nunca había estado en combate.<sup>161</sup> Anastasio Somoza Debayle, hijo de Somoza García y el último de los Somoza en el poder, recordó en sus memorias que, además de su padre, otros dos hombres habían sido considerados para el codiciado cargo: el eminente abogado conservador Carlos Cuadra Pasos y el general liberal de León, Carlos Alberto Castro Wassmer.<sup>162</sup> MacRenato añade dos nombres más a la contienda: Gustavo Abaunza y José María Zelaya, ambos destacados personajes políticos. Sin embargo, según MacRenato, Moncada “superó” a Sacasa en el maniobrar político durante una reunión que tuvo

<sup>159</sup> Ternot MacRenato, *America's Favorite SOB: General Anastasio Somoza García, American Made Nicaraguan Dictator*, San Diego, Montezuma Publishing, 2013.

<sup>160</sup> Ternot MacRenato, “Seizure of Power 1926-1931”, tesis de doctorado, University of California San Diego, 1991, p. 159.

<sup>161</sup> *Ibid.*, pp. 154, 164, 168.

<sup>162</sup> Anastasio Somoza y Jack Cox, *Nicaragua Betrayed*, Boston, Western Islands, 1981, p. 89; “La historia de Edwin Castro, el actual representante legal del FSLN”, Nicaragua Investiga, Última actualización, 6 de junio 6 de 2021, <https://nicaraguainvestiga.com/reportajes/51710-historia-edwin-castro-representante-legal-fsln/> [fecha de consulta: 7 de junio de 2022]; Walter Knut, *op. cit.*, pp. 20-22. Le agradezco a Milena Montano su apoyo para descifrar los nombres correctos de los candidatos, que fueron mutilados en las traducciones de las memorias de los nicaragüenses.

lugar en noviembre de 1932, en la cual los grandes hombres de la historia nicaragüense decidieron quién sería director de la Guardia y Somoza García resultó ganador.<sup>163</sup> Somoza Debayle recuerda el proceso de otra manera, pero con el mismo resultado:

El presidente Sacasa nominó al general Somoza y su nominación contó con la aprobación de Moncada, quien resultó ser primo de mi padre. Esta nominación fue luego presentada al general Matthews del Cuerpo de *Marines* de los Estados Unidos y al Embajador (*sic*) de los Estados Unidos, Hanna. La selección del general Somoza contó con su beneplácito y así fue como el general Somoza pasó a ser comandante de la Guardia Nacional de Nicaragua.<sup>164</sup>

Los estadounidenses amaban a Somoza García. Lo conocían bien. Como muchos autores reconocen, se había reunido con el secretario de Estado, Henry L. Stimson, durante su visita a Nicaragua para negociar un acuerdo de paz entre liberales y conservadores en 1927 y le había dejado una buena impresión.<sup>165</sup> Lo mismo ocurría con el ministro Hanna. Somoza se hizo amigo de él y de la señora Hanna, y se convirtió en un invitado regular a los eventos sociales de la legación.<sup>166</sup> Según el periodista Bernard Diederich: “En poco tiempo, el joven nicaragüense se identificó tanto con los intereses estadounidenses que lo llamaron el ‘Yanqui’”.<sup>167</sup> Así fue como Hanna le solicitó a Moncada que asignara a Somoza al Comité Central de Ayuda en representación de la presidencia nicaragüense. Esto conduciría a una relación de trabajo muy estrecha entre el ambicioso Somoza y los estadounidenses, un “acuerdo muy feliz”.<sup>168</sup> Al mismo tiempo, Somoza fue presidente de la Cruz Roja nicaragüense y presidente del Comité Nacional de Emergencia del gobierno nacional, es decir, el nicaragüense más importante durante el

<sup>163</sup> T. MacRenato, “Seizure of Power”, *op. cit.*, p. 166.

<sup>164</sup> A. Somoza y J. Cox, *op. cit.*, p. 89.

<sup>165</sup> T. MacRenato, “Seizure of Power”, *op. cit.*, pp. 100-101; Jorge Eduardo Arellano, *El Bien-amado de Washington: Tacho Somoza (1896-1956)*, Managua, JEA-Editor, 2019, p. 25.

<sup>166</sup> T. MacRenato, “Seizure of Power”, *op. cit.*, p. 155.

<sup>167</sup> Bernard Diederich, *Somoza and the Legacy of U.S. Involvement in Central America*, Nueva York, E.P. Dutton, 1981, p. 13.

<sup>168</sup> W.L. Beaulac y Hanna, *op. cit.*, p. 13.

desastre causado por los sismos.<sup>169</sup> Esto supuso que Somoza trabajara con los estadounidenses todos los días durante la existencia del CRC, esto es, cuatro meses y medio seguidos.

Los estadounidenses no tenían más que alabanzas para Somoza. Beulac y Hanna escribieron que el CRC se mostró “agradecido por el entusiasmo” que Somoza demostró en la realización de su obra y que “sus servicios fueron de un valor incalculable. Su concepción de los problemas que enfrentaba el Comité no solo era sólida sino también profunda, y su consejo a menudo fue decisivo para guiar al Comité a tomar sus decisiones”.<sup>170</sup> Su cargo como subsecretario de Relaciones Exteriores (el cual, según MacRenato, Somoza adquirió debido a su amistad con Hanna), escribieron Beulac y Hanna,

y sus estrechas relaciones personales con los altos funcionarios del Gobierno, contribuyeron en gran medida a la amistosa y eficiente cooperación que existió en todo momento entre el Comité y dichos funcionarios. Ganó la alta estima de sus asociados en el Comité y su cálido reconocimiento por su devota, celosa y eficiente ayuda en el trabajo de socorro.<sup>171</sup>

No era ninguna sorpresa, entonces, que Hanna estuviese firmemente en la esquina de Somoza desde antes de la reunión de noviembre en la que su designación tuvo lugar. El 28 de octubre de 1932, Hanna escribió: “Lo creo [a Somoza] como el mejor hombre del país para el puesto” de director en jefe de la Guardia Nacional.<sup>172</sup> Décadas más tarde, en 1976, Beulac diría del fundador de la dinastía: “Lo consideraba el funcionario nicaragüense más competente con el que tuve que tratar”. Somoza “podía hacer las cosas”, recordó el viceministro.<sup>173</sup> Anastasio Somoza García, en su momento más conocido como Tacho, no era infante de Marina, pero los terremotos de 1931 lo habían acercado más que nadie a las fuerzas de la ocupación militar y lo habían convertido en el nicaragüense en el que más confiaban los

<sup>169</sup> El cronista más conocido del terremoto de 1972, Roberto Sánchez Ramírez, escribió que Somoza García fue presidente del Comité Local de Reconstrucción, pero no está claro si se trata de un comité diferente del nacional, R. Sánchez Ramírez, *op. cit.*, pág. 71.

<sup>170</sup> W.L. Beulac y Hanna, *op. cit.*, p. 34.

<sup>171</sup> T. MacRenato, “Seizure of Power”, *op. cit.*, p. 155; W.L. Beulac y Hanna, *op. cit.*, pp. 53-54.

<sup>172</sup> Citado en T. MacRenato, “Seizure of Power”, *op. cit.*, p. 166.

<sup>173</sup> *Ibid.*, p. 156.

estadounidenses. Así fue como el trabajo de Somoza en el comité de emergencia cambió el rumbo de la historia de Nicaragua. Los terremotos le abrieron la puerta a la dictadura.

¿Cuántos nicaragüenses perecieron en el terremoto de 1931? ¿Cuántos quedaron heridos? El conteo final de los *Marines* arrojó 1 450 muertos y 3 500 heridos, pero la verdad es que no se sabe.<sup>174</sup> Decenas de cadáveres fueron incinerados sin ser contados, cientos más quedaron bajo las ruinas. En última instancia, las posibilidades de democracia en el país también fueron bajas, y murieron a raíz del terremoto. Sobre la base de sus interacciones diarias con Somoza, Hanna creyó que el general era el hombre que podía domar la política nicaragüense, construir un Ejército no partidista y así lograr la estabilidad que había eludido a Nicaragua desde el siglo XIX.<sup>175</sup> Pero Somoza tenía otros planes, como se hizo evidente después. El general buscó controlar a los hombres, utilizando a la Guardia Nacional para acumular poder personal. Estados Unidos no se opuso. Entonces, sin que nadie lo supiera, en 1931 Somoza emergía de las cenizas de Managua como el hombre más poderoso del país. A cinco años de la calamidad social que generó la naturaleza, Somoza asesinaría a Sandino y derrocaría al presidente. Su papel durante la emergencia de 1931 quedaría olvidado en el torbellino de la agitación política. Managua sería reconstruida bajo la dictadura de Somoza, como si él hubiese logrado imponer el orden no solo sobre los hombres, sino sobre la naturaleza.

Pero esa conclusión sería errónea. Como la historia muestra, la reconstrucción de Managua terminaría siendo una victoria pírrica. La tierra tendría la palabra final y destruiría la capital nuevamente en 1972. Tacho llevaba mucho tiempo muerto para entonces —fue ejecutado por un estudiante en 1956—, ya que controlar a los hombres resultó ser un propósito tan difícil como enfrentar los terremotos. Mientras tanto, otros nicaragüenses elaboraron una narrativa muy diferente sobre el terremoto de 1931 y sus consecuencias, una que rechazó la versión humanitaria que las fuerzas militares norteamericanas conservaron en los archivos de Estados Unidos y que presenté aquí. Pero esa es una historia para otro día.

<sup>174</sup> D. Williams, *op. cit.*, p. 16.

<sup>175</sup> T. MacRenato, "Seizure of Power", *op. cit.*, p. 166.

## CONCLUSIÓN

Los terremotos son naturales, pero sus consecuencias no lo son; pertenecen, en cambio, al orden de lo social y dependen del contexto histórico que enmarca los movimientos de la tierra. Sin embargo, estas consecuencias son similares a los terremotos en un aspecto: no son predecibles. Muchos factores y actores entran en juego. En el caso de Managua, no sabemos cuáles hubieran sido los efectos sociales del terremoto si los *Marines* no hubiesen ocupado el país en 1931, pero sí sabemos que las secuelas habrían sido totalmente diferentes sin los grandes recursos que Estados Unidos movilizó para responder a los desafíos del momento. Las decisiones de la infantería de Marina, además, no solo atenuaron los efectos del terremoto, sino el rumbo de la política nicaragüense y, en el largo plazo, la propia formación del Estado de este país centroamericano. Como mostró Mark Healey para el caso de Argentina con Juan Perón, un terremoto podía impulsar la carrera militar de jóvenes oficiales carismáticos y ambiciosos.<sup>176</sup> En perjuicio para toda Nicaragua, ese ciertamente fue el caso de Somoza García en 1931. ❧

<sup>176</sup> Mark Healey, *op. cit.*